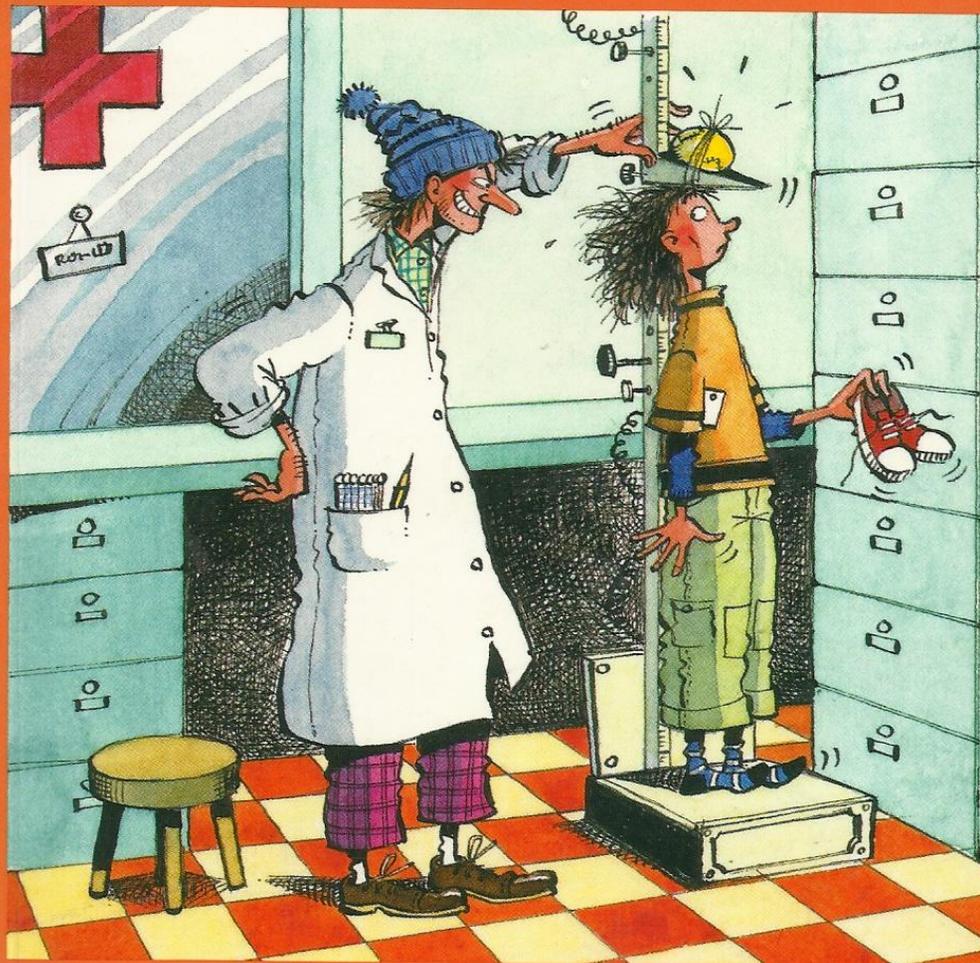


TUCAN  8+

El año de los piojos

DAVID NEL·LO



edebé

Título original: *L'any dels polls*
© David Nel-lo, 2007

© Ed. Cast.: edebé, 2007
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de las cubiertas: César Farrés
Ilustraciones: Cristina Losantos
Traducción: Néstor Uría

1.ª edición, octubre 2007

ISBN 978-84-236-8359-8
Depósito Legal: B. 33208-2007
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

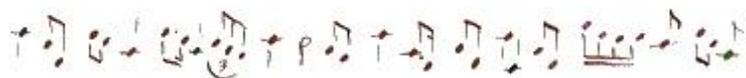
1. Álex Destrozaguitarras	7
2. El niño nuevo de la clase	15
3. La farmacia Biscop	25
4. La epidemia se extiende	37
5. La superoferta Biscop	45
6. La gran decepción y el gran picor	51
7. Extrañas coincidencias	61
8. Efectos secundarios	67
9. La emboscada y la confesión de Zwentí	81
10. El testimonio de Riambau	91
11. El vídeo: prueba acusatoria	99
12. Una visita en familia	109
13. Los acuerdos	121

14. <i>Super People</i>	129
15. La barbería Mario	137
16. <i>Noche de famosos</i>	145
17. La entrevista (primera parte)	153
18. La entrevista (segunda parte)	165
19. La banda Biscop	175

1

Álex Destrozaguitarras

Aquel año pasaron muchas cosas, sí, y fue el año de los piojos, pero a principios de curso todavía no lo sabíamos. Lo único que nos interesaba era el nuevo disco que había sacado Álex Destrozaguitarras, nuestro ídolo. Había niños y niñas que aquel verano habían ido a verlo al concierto que había dado en la sala Los Caníbales. Decían que el mejor momento del espectáculo fue cuando Destrozaguitarras empezó a golpear el escenario con la guitarra hasta que la partió en dos



y la hizo trizas. Todos teníamos su último CD que llevaba por título *El día que me comí la guitarra*.

Bueno, he dicho todos, pero no es totalmente cierto. Riambau no se lo pudo comprar porque en su casa pasaban un mal momento económico. Su padre tenía una barbería y el negocio no funcionaba.

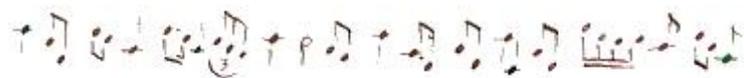
¿Y por qué nos gustaba tanto Destrozaguitarras? No lo sé, supongo que era la música, claro, pero también había otras cosas. Su pinta, por ejemplo. El cantante llevaba un pelo larguísimo y tres pendientes en cada oreja. Todos los niños de la escuela también llevábamos el pelo largo (lo llamábamos «llevar greñas»). Queríamos imitarlo.

Cada semana Lucía Mayol y Pablo Rovira se compraban una revista que habla-



ba de todos los cantantes famosos y que se llamaba *Super People*, tal cual, en inglés, aunque nosotros ya sabíamos que quería decir «Supergente».

En la revista había artículos que hablaban de cuando Álex Destrozaguitarras era pequeño. Su infancia había sido especial. Se ve que lo habían abandonado en circunstancias misteriosas y que una familia de ferroviarios lo había recogido y adoptado. Álex había crecido en el norte del país. Él y su nueva familia habían vivido en un tren que estaba estacionado en una vía muerta y que habían transformado en vivienda. En otro artículo, las maestras que le habían dado clase recordaban qué tipo de niño era. Decían que ya de pequeño era todo un personaje y que tenía la manía de romper lápices por la mitad



y después enterrarlos en el patio. En aquella época lo llamaban Álex Destrozalápices.

Nosotros nos pasábamos todo el tiempo del recreo subidos a las gradas de la pista de deportes simulando que tocábamos la guitarra eléctrica y cantando aquello de: «Pepita, guitarrita, cuando te veo el corazón me palpita». Hasta que, al final, la maestra Carmen daba palmas para que regresáramos a clase, y a nosotros tres nos decía: «¡Ea, vamos, los tres bemoles, haced el favor de daos prisa!».

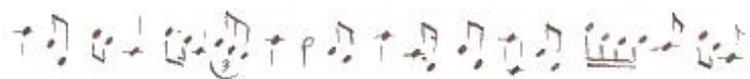
Al principio nos daba un poco de rabia eso de los tres bemoles, pero más tarde nos fuimos acostumbrando y hasta acabó por gustarnos.

Recuerdo que la primera vez que oímos hablar de aquello de los piojos fue



una mañana de tormenta durante la segunda semana de curso. Ismael, Riambau y yo nos habíamos sentado junto a la fuente del patio, para desayunar, cuando un papel de periódico, llevado por el viento, acabó aterrizando a nuestros pies. Riambau, que siempre lee todo lo que le cae en las manos, lo recogió del suelo. Un poco después nos dijo:

—¡Eh, mirad qué noticia tan curiosa! «En la escuela Los Tiburones Hambrientos, del barrio de la Simpatía, han detectado una epidemia de piojos. Lo extraordinario del caso es que afecta tanto a los pequeños como a los mayores de la escuela. Es decir, a todos los alumnos. El director se ha planteado la posibilidad de cerrar el centro unos días por razones higiénicas, pero las familias han protestado



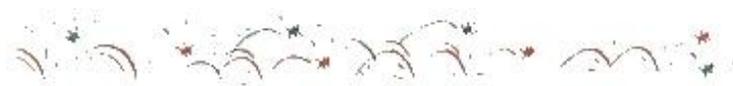
alegando que no quieren tener todo el día niños piojosos en casa. Las autoridades sanitarias están en alerta y aconsejan extremar todas las precauciones.»

—¡Piojos, qué rollo! —dijo Ismael, mientras se rascaba la cabeza.

—Y tú, ¿qué piensas, Benito? —me preguntó Riambau.

—Hombre, ¿qué quieres que te diga? —dije yo—. No es la primera vez que hay piojos en una escuela. Y que los hayan cogido todos, bah, me parece que es pura coincidencia.

Poco después volvimos a clase y el papel de periódico se quedó allí, abandonado, en el patio de la escuela. No volvimos a pensar en aquella epidemia de piojos. En aquel momento aún ignorábamos que todo formaba parte de un plan estratégi-



co y malvado que alguien había planeado con sumo cuidado. Y los alumnos de Los Tiburones Hambrientos tan sólo eran las primeras víctimas.

2

El niño nuevo de la clase

Una mañana, me parece que era en clase de Matemáticas, Carmen nos anunció que tenía una importante novedad que contarnos.

—Hoy llegará un niño nuevo.

Al oír aquello, todos nos alteramos.

—¿De dónde viene?

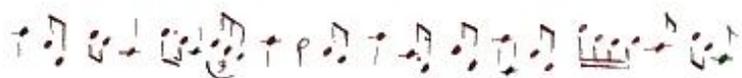
—Carmen, ¿tú ya lo conoces?

—¿Cómo es?

—¿Cómo se llama?

—¿Es de otro país?

La maestra nos pidió que nos calláse-



mos y puso su cara más seria. Cuando Carmen ponía aquella cara, sabíamos que más nos valía portarnos bien. El único que se quedaba siempre haciendo el animal era Sergio, porque él iba a la suya.

—Escuchadme bien —dijo Carmen—. En estos momentos el niño nuevo y sus padres están en el despacho del director. Después vendrá a esta clase. Os quiero pedir que seáis simpáticos con él y que le ayudéis a sentirse bien aquí, entre nosotros. Pensad que no es nada fácil cambiar de escuela, y menos aún una vez comenzado el curso.

Entonces, Lucía Mayol, que es muy insistente, levantó la mano y repitió su pregunta:

—Carmen, ¿cómo se llama?

—Es justo lo que os iba a decir, pero



no quiero que nadie se ría, ¿de acuerdo? —dijo Carmen mientras buscaba un papel que tenía sobre la mesa—. El niño se llama..., se llama... Zwentibold Biscop.

Al oír el nombre, no nos pudimos aguantar y todos nos desternillamos de risa.

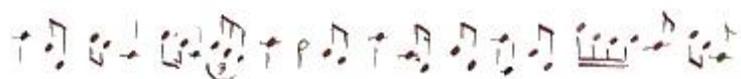
—¡Pero no puede ser que eso sea un nombre!

—Carmen, ¿estás segura de que lo has leído bien?

—A mí me suena más bien a un programa de ordenador.

—Es un nombre horrible, ¿no?

Carmen volvió a poner cara de enfadada y nos callamos. Continuamos con la clase, pero nadie prestaba atención a lo que se estaba explicando en aquel momento. Había veintitrés pares de ojos que

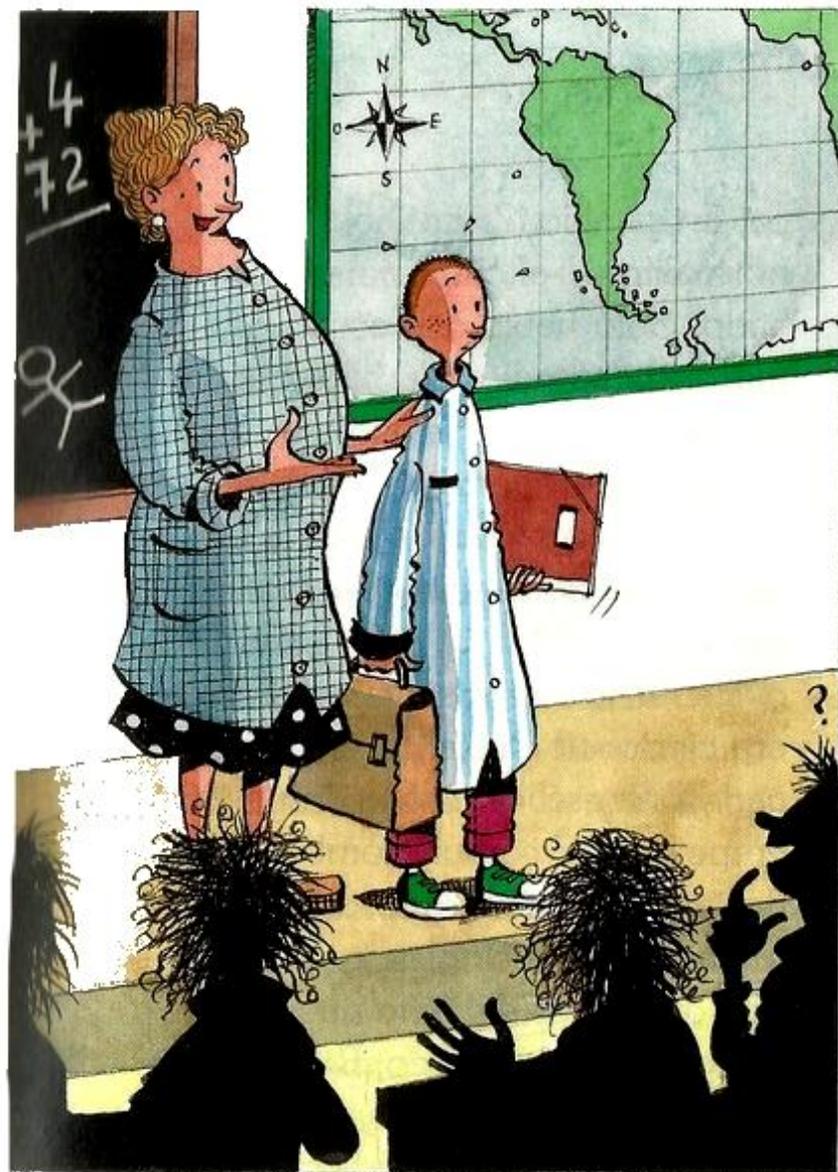


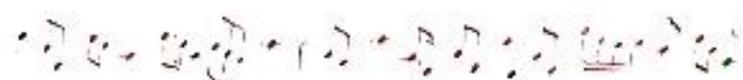
no apartaban la vista de la puerta. Poco después se oyeron unos golpecitos y la puerta se abrió. Carmen se levantó de la silla con una sonrisa amable.

—Hola, bienvenido, Twentyzold..., quiero decir Zwantycold, ay..., Zwentibold, eso, Zwentibold —dijo, para después añadir—: Y vosotros, chicos, saludad a vuestro nuevo compañero.

—¡Buenos días! —gritamos todos, como en un coro.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que más de uno escondía la cara tras las manos para que no se notase que se estaba riendo. ¿Cómo es que aquel niño no se decidía a entrar en clase? La verdad es que me decepcionó un poco. Yo me había imaginado que, con un nombre así, tenía que ser alguien peculiar, alguien úni-





co. En cambio, Zwentibold era de lo más normalito. Ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado. Sólo había dos cosas que me llamaron la atención: la bata que llevaba, que era una de ésas de rayas azules tan anticuadas, y además le quedaba muy larga, casi le llegaba a los pies; la otra era el hecho de que tuviese el pelo muy corto, casi al cero.

Eso sí, lo que nos había dicho Carmen era cierto: no debía de ser muy fácil llegar a una escuela nueva con el curso ya empezado. Y con un nombre así todavía debía de ser peor. Por eso, decidí que nosotros, los tres bemoles, intentaríamos hacernos amigos del niño nuevo.

A la hora del recreo, Rimbau, Ismael y yo fuimos a buscarlo y lo encontramos en una esquina, cerca de la salida, comiénd-



dose el bocadillo y con cara de desvalido.

—Hola, ¿cómo te va? —empezó Ismael.

—Bien —contestó Zwentibold.

—¿A qué escuela ibas antes? —preguntó Rimbau.

—A otra.

—¿Vives en el barrio? —le pregunté.

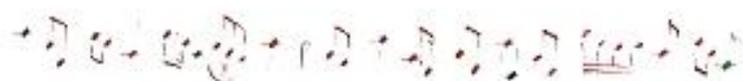
—Sí, ahora sí.

Los tres nos quedamos pasmados. No sabíamos si aquel niño era corto, o tímido, o no le gustaba hablar. Pero Rimbau no aflojaba.

—Oye, perdona que te pregunte, pero ¿por qué tienes un nombre tan complicado?

Inmediatamente se puso rojo y tardó un poco en contestar.

—Fue una broma de mi padre.



—¿Ah, sí? ¿Y él cómo se llama?

—¿Mi padre? Se llama Solocón. Y también fue una broma de mi abuelo.

—¿Y tu abuelo cómo se llama? —preguntó Ismael.

—Menulf. Claro, otra broma de mi bisabuelo, que se llamaba Ingobert, y mi tatarabuelo, bueno..., éste ya no se cómo se llamaba. Pero ya veis que la bromita viene de lejos. A mí, si queréis, podéis llamarme Zwentí.

—Otra cosa —dijo Riambau—. ¿Por qué llevas el pelo tan corto?

—Es que mi padre dice que el pelo largo es cosa de gente sucia.

—¿Así no te gusta Álex Destrozaguitarras? —preguntó Ismael.

—Sí, pero mi padre no me deja comprar sus CD. Dice que eso no es música,



que a Destrozaguitarras habría que cerrarlo en un manicomio.

—Pues si quieres, un día puedes venir a merendar a mi casa y escuchamos su último CD. Ya verás qué fantástico es.

Zwentí se encogió de hombros e hizo una mueca.

—Mi padre no quiere que vaya a casa de ningún niño. Dice que pueden contagiarme algún virus.

—¡Caray, qué padre más plasta! —dijo Ismael, que vivía sólo con su madre y e dejaba bastante libertad.

Y así es como acabó aquella primera conversación con Zwentí. Los siguientes días seguimos intentando hacernos amigos suyos, pero no era nada fácil. A menudo, Zwentí se quedaba en aquella esquina del patio cerca de la puerta, co-



miéndose el bocadillo en silencio. Parecía como si quisiera escaparse de la escuela. Otras veces sacaba un libro arrugado de uno de los bolsillos inmensos de su bata y leía, leía sin levantar la vista de las páginas.

De repente, una mañana Riambau llegó a la escuela y anunció:

—¡Escuchad, tengo una noticia bomba! El padre de Zwentí acaba de abrir una farmacia junto a nuestra barbería.

Entonces los tres bemoles tomamos una decisión: aquella misma tarde iríamos a curiosear por la farmacia. ¡Queríamos saber cómo era aquel padre que se lo prohibía todo a su hijo!

3

La farmacia Biscop

La barbería del padre de Riambau ocupaba el número 66 de la avenida de los Príncipes Rusos, y la farmacia del padre de Zwentí, el número 68. Cuando nos encontramos frente a los dos locales me quedé estupefacto: la diferencia entre la barbería y la farmacia era tremenda.

En los últimos años, la barbería se había convertido en un lugar dejado y mal iluminado. El suelo era una mezcla de polvo y restos de pelos cortados a los pocos clientes que todavía entraban. Los espe-



jos estaban tan sucios que daban una sensación de niebla perpetua, y los utensilios de la profesión se desperdigaban por aquí y por allá, amontonados de cualquier manera. Riambau nos había explicado que más de una vez su padre estaba tan despistado que, cuando afeitaba a alguien, le dejaba la cara hecha un mapa, toda llena de cortes. Por supuesto el cliente se marchaba indignado y ya no volvía más. Pero no siempre había sido así...

Antes de que muriese la madre de Riambau la barbería era un establecimiento que daba gusto verlo. A veces entrábamos y su padre nos dejaba sentar en las butacas giratorias; nos empujaba y dábamos una vuelta sobre nosotros mismos, como si fuera una atracción.

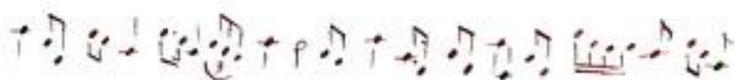
La madre de mi amigo lo tenía todo



ordenado y limpio como una patena: los peines alineados, las navajas afiladas, las colonias olorosas y el suelo bien fregado y reluciente. Le gustaba mucho sentarse detrás de la caja registradora y dar conversación a los clientes. Pero un día se puso enferma y a las pocas semanas se murió.

Con la pérdida de su mujer, el padre de Riambau cayó en la desesperación y se vio sin fuerzas para ocuparse del negocio. Desde entonces las cosas fueron deteriorándose...

Aquella tarde nos quedamos plantados allí, en la avenida de los Príncipes Rusos, sin decir nada. A nuestra izquierda teníamos la puerta de la barbería y encima el cartel pintado a mano, con unas letras que parecían sacadas de una película pasada



de moda. A la derecha, por el contrario, teníamos un flamante cartel de neón que anunciaba:

FARMACIA BISCOP

NO SE PREOCUPEN;
¡NOSOTROS LO CURAMOS TODO!

Y debajo había una puerta automática de cristal ahumado.

Antes de entrar Ismael nos dijo:

—¿Os acordáis de cuando aquí había una tienda de pollitos?

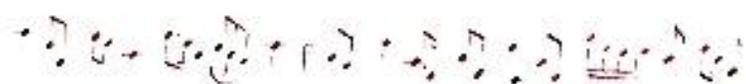
Riambau y yo asentimos con la cabeza. Porque cuando nosotros éramos muy pequeños, en el número 68 de la avenida había una tienda que vendía pollitos vivos. No piojitos, ¡eh!, sino pollitos.

En aquella época, nada más acercarte



a la puerta ya notabas aquel olorcillo particular que desprendían los pollitos; era un olor extraño en la ciudad. Todos los pollitos estaban en el escaparate, apiñados como si estuviesen en el metro. Había unas bombillas muy potentes que evitaban que los pobres animalillos tuviesen frío o se pusiesen enfermos.

En más de una ocasión, un niño o una niña había regalado uno de aquellos pollitos a algún amigo de clase por su cumpleaños. Te los vendían con unas cajas de cartón llenas de agujeros en la parte de arriba para que los pollitos pudiesen respirar. La pena era que, tarde o temprano, el pollito que te habían regalado con tanta ilusión se moría. Recuerdo que una vez alguien le regaló uno de esos pollitos a Sergio, con tan mala fortuna que lo sa-



có de la cajita y lo lanzó al aire con tanta fuerza que el pollito se dio un golpe contra el techo y murió al instante. Aquélla no fue una fiesta de cumpleaños muy alegre que digamos.

De repente, Ismael interrumpió mis recuerdos con un codazo.

—¿Qué? ¿Qué hacemos? ¿Entramos o no? —dijo.

Los tres empezamos a avanzar hacia la farmacia y la puerta automática se abrió suavemente. Tras el mostrador, un hombre se quedó mirándonos con una sonrisa en los labios. Aquel hombre sólo podía ser Solocón Biscop, el padre de Zwen-ti. Padre e hijo se parecían muchísimo; incluso la bata de farmacéutico del padre recordaba la bata escolar de su hijo. Me chocó un detalle que no acabó de cua-



drarme con el aspecto que debía tener un farmacéutico: Solocón Biscop llevaba una gorra de pana gruesa y gastada que parecía esconder una gran pelambarrera. ¿Cómo era posible si a su hijo le prohibía llevar el pelo largo?

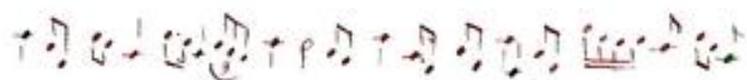
—Buenos días, jovencitos. ¿Qué remedio necesitáis? —dijo el farmacéutico, para seguidamente emitir una extraña risilla.

En ese momento, Riambau me dio un golpe en la espalda. Con ello quería decir que me tocaba hablar a mí.

—Hola. Mire, queríamos una caja de aspirinas.

El farmacéutico amplió la sonrisa, y a mí aquella cara no me gustó nada.

—¿Y para quién son las aspirinas, si puede saberse? —preguntó.



—Para mí, es que, verá..., me duele la cabeza.

—Pues, en ese caso, lo siento, chico, pero no os puedo vender ningún medicamento.

Ismael quiso arreglarlo.

—Bueno, la verdad es que también son para mi tía, que sufre unas migrañas horribles —dijo—. Dice que cuando las tiene es como si la cabeza le fuera a estallar.

Solocón se frotó las manos y volvió a sonreír.

—Muy bien, majo, pues dile a tu tía que venga ella o que mande a su marido a comprar las aspirinas —dijo el farmacéutico, y después le dio un papel—. Toma, coge esto que es un vale de descuento del 2 %.

Entonces, de la rebotica apareció una



mujer que también llevaba una bata blanca y una gorra casi idéntica a la de su marido, pero un poco más voluminosa.

—¿Y quiénes son estos chicos tan monos? —preguntó con una vocecita aguda.

Nosotros no sabíamos qué decir. A continuación, el farmacéutico nos preguntó a qué escuela íbamos.

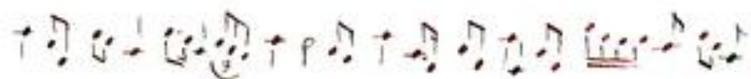
—Vamos a Las Ranas Contrabandistas, muy cerca de aquí.

—¡Vaya, qué honor! —exclamó la mujer, emocionada—. A lo mejor sois compañeros de clase de nuestro pequeño Zwentibold.

Le dijimos que sí.

En ese momento, los padres de Zwentibold cruzaron una mirada y luego él habló:

—Preparaos, chicos, preparaos, por-



que en poco tiempo tendréis una gran sorpresa en la escuela. ¡Ya lo veréis, ya!

Le dimos las gracias y salimos a la calle. Ismael se quedó mirándonos y puso cara de asco.

—¿Os imagináis cómo debe de ser tener unos padres así? —dijo.

—Sí, la verdad es que compadezco al pobre Zwenti —dije yo.

Riambau no decía nada, pero poco después se detuvo.

—¿Vosotros habíais visto alguna vez que un farmacéutico despache con una gorra puesta? —nos preguntó.

—No, es muy raro.

—Más que raro, porque esas gorras son la cosa más horrible que he visto en mi vida.

—¿Y qué habrá querido decir con eso



de la «gran sorpresa»? Estoy seguro de que era una trola.

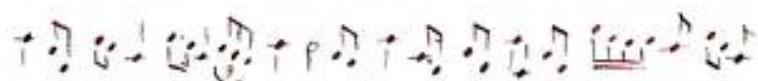
Y así, con esas cavilaciones, nos fuimos para casa, incapaces de imaginarnos en qué consistiría la sorpresa de los señores Biscop.

4

La epidemia se extiende

En la escuela siempre había modas: unos años fueron los yoyós, las canicas de vidrio, los cromos de futbolistas, o las cartas de los supermonstruos y superhéroes...

Aquel curso lo que estaba de moda eran unas chapas con impresiones de retratos de cantantes famosos. Eran redondas y metálicas, y nosotros las utilizábamos en un juego que consistía en ganarle chapas al contrincante. Se llamaban



«Megachapas» y las vendían en los quioscos en paquetes de tres. Riambau era un jugador fabuloso y siempre acababa el recreo con los bolsillos llenos de Megachapas.

Un lunes los tres bemoles estábamos comiendo en el comedor de la escuela y Zwentí se sentó cerca de nosotros. Su manera de actuar me ponía un poco nervioso. Normalmente, si un niño o niña de la clase quería sentarse con nosotros venía y se instalaba justo a nuestro lado, y después, participaba en la conversación como si fuese uno más del grupo. Pero Zwentí, no. Él guardaba cierta distancia, como si fuese el enviado especial de una organización secreta.

Aquel mediodía nos habían servido una de aquellas tortillas repugnantes, espe-

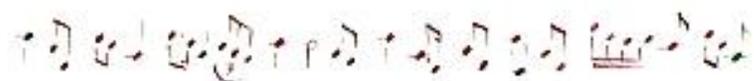


cialidad de la escuela, que con sólo pincharla dejaba escapar aceite por todas partes. Riambau se distraía contando las Megachapas que había ganado durante el día. Ismael y yo charlábamos.

—¡Eh! ¿Sabéis una cosa? —empezó Ismael—. En la escuela donde trabaja mi tía también ha habido una epidemia de piojos. Nos lo explicó ayer cuando vino a casa.

—¿En qué escuela da clases?

—En Los Zorros Zurdos, en el barrio de las Tres Chimeneas. Dice que allí hasta los profesores están llenos de piojos. En todo el tiempo que estuvo en casa, no se quitó el casco de motorista para no contagiarnos. Y tuvo que tomarse el café con una cañita, porque la taza chocaba contra la parte baja del casco.



—¡Qué curioso!

—Benito, ¿por qué dices que es curioso? —preguntó Riambau, levantando la mirada de sus montones de Megachapas.

—Porque ayer estuve hablando con mi prima Carla y me dijo que en su escuela también había una epidemia de piojos. Me contó que se pasan todo el día rascándose la cabeza y que la profesora se enfada.

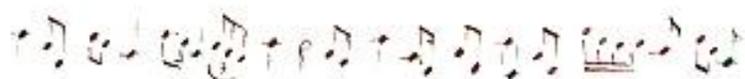
—¿A qué escuela va tu prima?

—A Las Cabras Locas, en el distrito de las Duchas Estropeadas.

—¡Vaya, en las Duchas Estropeadas! Pues eso no está muy lejos de aquí, ¿verdad? —dijo Ismael.

Me quedé pensando un rato. Ismael tenía razón: la escuela de Carla estaba muy cerca de la nuestra. La de su tía, en el





barrio de las Tres Chimeneas, quedaba un poco más lejos. ¿Y la que habíamos leído en el periódico, la de Los Tiburones Hambrientos? Aquélla aún quedaba más lejos. Es decir que, si las situáramos en un plano de la ciudad, veríamos que la epidemia de piojos se acercaba cada vez más a nuestro barrio. Entonces noté que alguien nos estaba mirando con un gesto de preocupación marcado en la cara: era Zwenti.

—¿Qué te pasa, Zwenti? —le pregunté.

Se puso un poco rojo.

—Nada, es que esta tortilla me da arcadas —se justificó.

—¡Tienes razón, está malísima! —dijo Ismael.

No sé qué extraño presentimiento tuve, pero cuando volví a hablar lo hice en



voz baja. Normalmente Zwenti solía comérselo todo sin emitir queja alguna. El caso es que su explicación no me convenció. Me acerqué más a mis amigos y les dije casi susurrando:

—Escuchad, ¿habéis pensado que quizás nosotros seamos los siguientes en tener la escuela infestada de piojos?

—¡Ay, Benito, qué pesado eres, tú y tus suposiciones!

—¿Es que no os dais cuenta de que cada vez los tenemos más cerca?

—Eso no quiere decir nada. Los piojos se pasean por todas las escuelas. Pasa todos los años —dijo mi amigo.

—Sí, pero esta vez parece que sigan una dirección determinada —argumenté.

—¡Ostras, piojos, qué rollo! —dijo Ismael, mientras se rascaba la cabeza.



Y cuando me giré a mi izquierda me di cuenta de que Zwenti había desaparecido.

—Hace un momento éste decía que la tortilla le hacía vomitar, y se la ha comido como si estuvieran persiguiéndole —comentó Ismael.

—¡Sí, a este chaval no hay quien lo entienda! —dijo Riambau.

Yo me quedé callado porque había algo que me inquietaba, pero no sabía bien qué era.

5

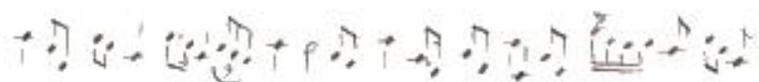
La superoferta Biscop

Nosotros, los tres bemoles, siempre recorríamos juntos la última parte del camino hacia la escuela. Nos gustaba llegar a la vez y, además, a veces comentábamos alguna cosa de los deberes.

Al día siguiente de la tortilla vomitiva, cuando nos encontrábamos frente a la escuela, Riambau me dio un codazo y nos dijo:

—Eh, mirad quién está en la entrada.

Justo al lado de la puerta vimos a Zwenti, que estaba repartiendo unos papелitos



a todos los niños y niñas que entraban en la escuela.

—¿Qué estará repartiendo? —preguntó Ismael.

—Ahora lo sabremos.

Nos acercamos a nuestro compañero de clase y le saludamos. Él apenas nos dijo «hola» y se limitó a darnos un papelito a cada uno.

Entramos y, antes de dirigirnos a nuestra clase, estudiamos con atención lo que nos acababa de entregar. Eran unas hojas amarillentas y de muy mala calidad. Se notaba que el texto era una fotocopia. Esto es lo que tenía escrito:

«¡ATENCIÓN, NIÑOS Y NIÑAS,
HA LLEGADO LA SUPEROFERTA BISCOP!
PARA CELEBRAR LA INAUGURACIÓN DE
NUESTRA FARMACIA OS OFRECEMOS



PESAROS Y MEDIROS GRATUITAMENTE.
AH, Y ADEMÁS, TODOS RECIBIRÉIS UN
PAQUETE DE MEGACHAPAS
TOTALMENTE GRATIS.
¡OS ESPERAMOS PRONTO!»

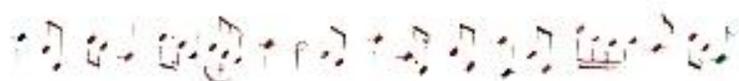
Y abajo aparecía la firma de Solocón Biscop.

A la hora del recreo se montó una auténtica revolución alrededor de Zwentí. Todo el mundo quería hablar con él y preguntarle cosas sobre la superoferta. Se formó un corrillo con él en medio. A mí, más que nada, me daba pena, porque yo sabía que él prefería pasar desapercibido.

—¿Podemos presentar más de un papel? —preguntó Lucía Mayol.

—No.

—¿Y por qué hace esto tu padre?



—Porque quiere.

—Oye, Zwenti, ¿cómo ha conseguido tu padre tener tantas Megachapas en la farmacia? ¿De dónde las ha sacado? —preguntó Pablo Rovira.

—No lo sé.

Cuando Carmen dio las palmadas para volver a clase, Zwenti se apresuró para ser el primero de la fila. Parecía como si quisiese escapar de los demás. Después, hubo una especie de murmullo continuo de niños hablando sobre la superoferta Biscop y no hacían caso a nada más. Carmen nos miró fijamente con el ceño fruncido y nos preguntó:

—¿Se puede saber qué pasa que parece que estéis en la luna de Valencia?

Lucía Mayol levantó la mano y dijo:

—¿Es que no lo sabes, Carmen? En la



farmacia del padre de Zwenti regalan Megachapas.

—Muy bien, pues si no os calmáis, yo os regalaré otra cosa: unos Megadeberes que os tendrán bien entretenidos.

Entonces nos serenamos. Bueno, todos menos Sergio, que siempre va a la suya.

Riambau, Ismael y yo ya lo teníamos decidido: seríamos los primeros en llegar a la farmacia Biscop. No queríamos quedarnos sin nuestro regalo de Megachapas.

6

La gran decepción y el gran picor

A pesar de nuestras intenciones, cuando llegamos a la farmacia, había tanta gente que daba miedo. La culpa fue de Ismael, porque cuando va por la calle se distrae con cualquier cosa que le llame la atención: si veía un perro, lo tenía que acariciar; si descubría un coche con matrícula extranjera, quería adivinar de qué país era...

Los más pequeños hacían cola de la mano de sus padres. Los mayores se im-



pacientaban, y para distraerse, cantaban unas canciones horribles.

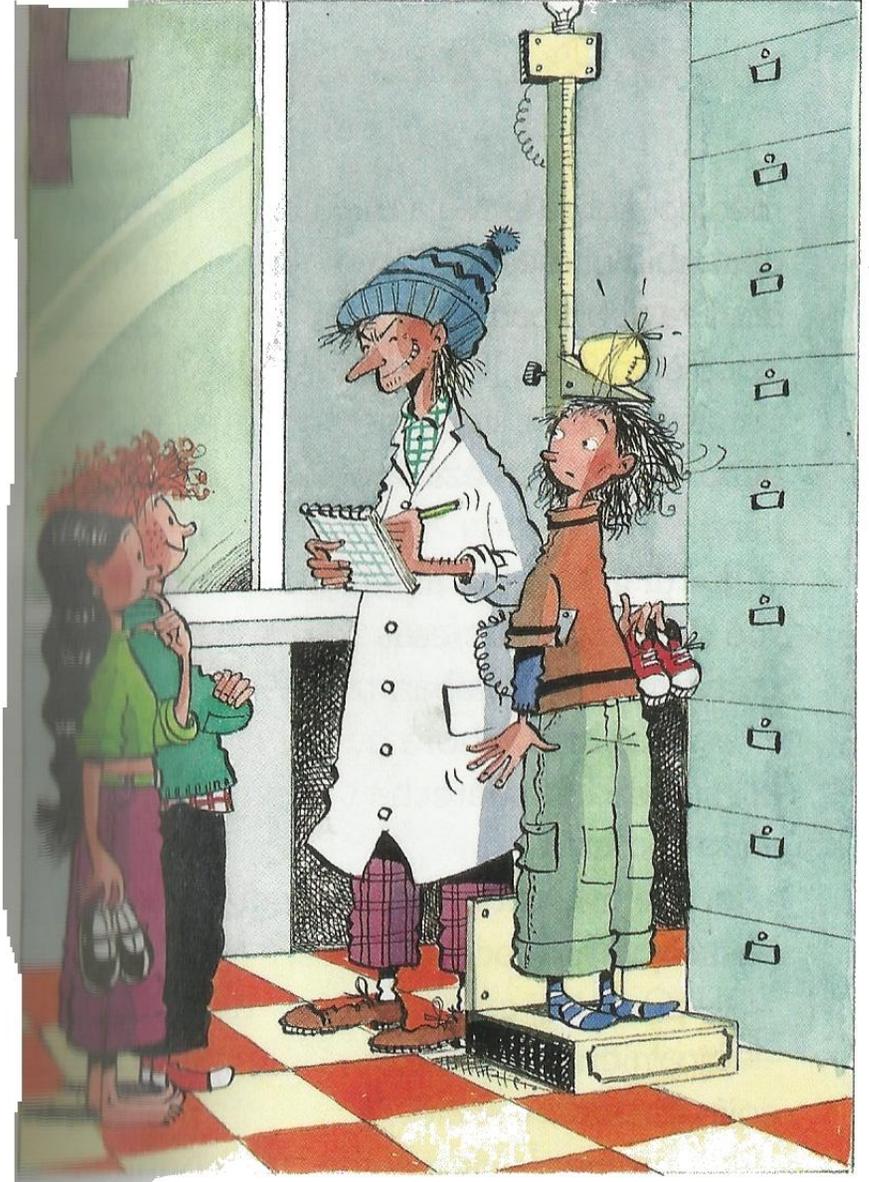
Por fin llegó nuestro turno.

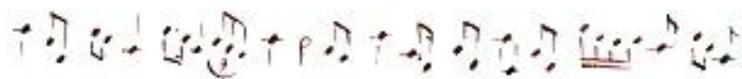
—A ver, por aquí, por favor, primero tengo que pesaros —nos dijo la farmacéutica Biscop, que iba con su bata blanca y la gorra abultada.

Cuando me tocó a mí, me subí descalzo a la báscula y ella ajustó las pesas móviles con mano experta. Luego anotó algo en una tarjetita y me la dio.

—Toma, chaval, ya puedes ir a ver a mi marido.

Solocón Biscop estaba instalado en la otra parte de la farmacia, con su aparato medidor, que parecía una máquina de torturas medieval. Tenía un accesorio añadido que yo no había visto nunca en ninguna otra farmacia ni en la consulta del





médico: sobre la regla metálica que te medía había una especie de cojín enganchado. Era abombado y tenía un aspecto muy poco científico, lleno de zurcidos y, en algunas zonas, incluso se veía que estaba descosido y empezaba a sobresalir el relleno.

Le di la tarjetita al farmacéutico y éste me dedicó una de esas sonrisas forzadas que a mí me gustaban tan poco.

—Muy bien, ahora quiero que pongas la espalda bien derecha y que no te muevas —ordenó.

A continuación, bajó la regla metálica hasta que me tocó la cabeza.

—¡Quieto, quieto! ¡Uno, dos y tres! —dijo mientras le daba unos golpecitos al cojín gastado y sucio.

Completó la operación, y a continua-



ción, anotó mi estatura en la tarjetita.

—¡Ea, ahora se lo enseñas a Zwenti-bold y te dará un regalito! —me dijo el farmacéutico Biscop.

Riambau, Ismael y yo nos dirigimos a la mesita y nos encontramos a Zwenti, que estaba sentado en un taburete alto, y repartía las Megachapas. Nos pidió que le mostrásemos las tarjetitas.

—Por favor, no abráis los paquetes hasta que no estéis en la calle —nos dijo.

No entendimos muy bien por qué nos hizo aquella recomendación, pero le obedecemos. Cogimos los paquetes que nos acababa de dar y salimos a la avenida de los Príncipes Rusos.

—¡A ver, a ver, a ver! —gritaba Ismael, que ya no podía más de la emoción.

Pero enseguida tuvimos la primera de-

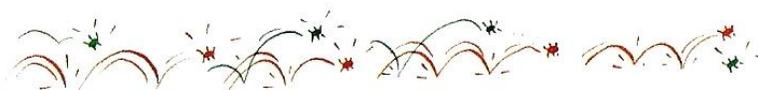


cepción: los paquetes estaban envueltos en papel de periódico.

—Bueno, qué más da, lo importante es lo que hay dentro —dijo Ismael, que nunca se daba por vencido.

Riambau fue el primero en abrir su paquete. La segunda decepción: aquellas chapas eran más pequeñas que las auténticas Megachapas. Yo desarrollé las mías y las estudié con atención. Los retratos que aparecían no estaban impresos sobre la chapa, como en las Megachapas, sino que estaban pintados a mano. Y encima, aquellos retratos estaban tan mal hechos que tanto podían ser de un cantante como de la abuela de Ismael o de la cocinera de la escuela: era imposible reconocer a alguien.

—Estoy convencido de que los han he-



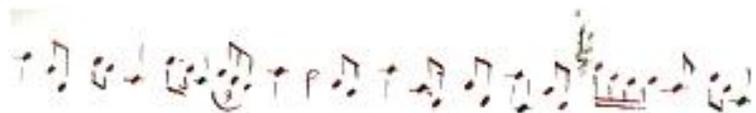
cho los Biscop —dijo Riambau indignado.

—No me extrañaría nada que las que están peor pintadas las haya dibujado Zwenti. Ya habéis visto que en clase de Plástica es un desastre —comentó Ismael.

Para sacudirnos la decepción de encima, decidimos que lo mejor sería organizar una partida allí mismo, en la avenida. Aprovechamos un banco de piedra como pista de juego y comenzamos la primera partida. Pero al poco rato nos dimos cuenta de otro problema; con los golpes y las rayadas, las chapas se despintaban. Riambau cogió una de las suyas y la rascó con la uña:

—¡Fijaos, ésta la han cortado de una lata de aceite! —dijo.

Ismael y yo nos pusimos a rascar las nuestras.



—Ésta es de aceitunas La Sevillana.

—Y esta otra de atún en escabeche.

—¡Qué porquería! En lugar de Megachapas deberían llamarse Megarrecicladitas, ¿no creéis?

—¡Qué morro!

—¡Esto es una estafa de las gordas!

Al día siguiente, en el patio no se hablaba de otra cosa. Había niños tan indignados que querían reclamar a Zwenti, pero éste no apareció por ningún lado. Yo creo que aquel día se pasó todo el tiempo encerrado en uno de los lavabos de la escuela. El mercado de chapas también se ajustó enseguida a aquella novedad. Ésta era la cotización: una Megachapa auténtica valía tres chapas Biscop. El único que se quedó contento con aquellos negocios fue Pablo Rovira. A él lo que le



gustaba era tener cuantas más chapas mejor, tanto le daba si eran auténticas o no. Así que aquella mañana acabó con un montón de chapas Biscop.

—Pues a mí me parece que son una pasada —repetía Pablo Rovira para justificar sus tratos.

A última hora de aquel día Carmen se quedó mirándonos, y después, nos dijo:

—¿Qué os pasa, guapos? Veo que no dejáis de rascaros la cabeza.

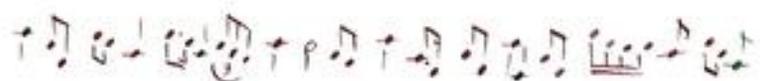
—¡Es que me pica! —dijo Lucía Mayol.

—¡Y a mí!

—¡Y a mí!

—¡A mí me pica muchísimo! —dijo Sergio, que a veces le gustaba ser el protagonista.

Efectivamente, Carmen tenía razón. Todos nos rascábamos la cabeza y eso só-



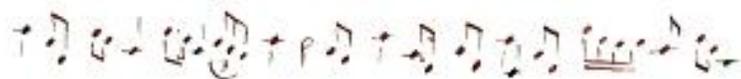
lo podía significar una cosa: la plaga de piojos ya había llegado a nuestra escuela.

7

Extrañas coincidencias

Tras un par de días de intensos picores descubrimos la sorpresa que nos esperaba en los alrededores de la escuela. Enganchados en los árboles, en las paredes, en las farolas y en las papeleras, había una infinidad de pequeños anuncios que decían:

«¿TENÉIS PIOJOS? ¡NOSOTROS
TENEMOS LA SOLUCIÓN! NUESTRO
CHAMPÚ DE LA MARCA **ASESINAPIOJOS**
CON EFECTO ANTIPARASITARIO OS
RESOLVERÁ RÁPIDAMENTE EL
PROBLEMA. AH, Y RECORDAD QUE LA



FARMACIA BISCOP OFRECE
DESCUENTOS DE HASTA UN 3 %
A TODOS AQUELLOS QUE COMPREN
EL FRASCO FAMILIAR.»

El anuncio iba firmado por Solocón Biscop.

Por la tarde hubo una nueva concentración frente a la farmacia Biscop. Pero, en esta ocasión, ya no se respiraba el aire festivo de la otra vez: lo del champú antipiojos no le hacía gracia a nadie.

Yo fui con mi madre, y ella prefirió comprar el frasco familiar porque pensaba que todos en casa debíamos hacer uso de él.

—Más vale prevenir —comentó a la hora de pagar.

—¡Claro, claro, una buena enjabonada con Asesinapijos y ya verá qué bien le



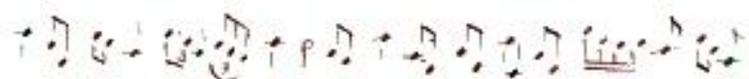
va! —le dijo el farmacéutico mientras se frotaba las manos.

Aquella noche Carla se quedó a dormir en casa. A mí me encantaban las visitas de mi prima; siempre era como una aventura. Improvisábamos una cama con una colchoneta de *camping* y muchos cojines que colocábamos en mi habitación, cerca de la cama. Después apagábamos la luz y nos pasábamos el rato hablando a oscuras, hasta que uno de los dos caía rendido de sueño y cansancio.

Aquella vez yo ya me había metido en la cama y miraba cómo Carla se iba quitando la ropa con gran parsimonia, y luego, la dejaba bien doblada sobre una silla.

—Ponte de cara a la pared, que voy a ponerme el pijama.

Debía de tener miedo de que le viese el



trasero, pero como Carla era mayor que yo, le hice caso y me di la vuelta.

Fue en ese momento cuando oí el ruido de algo metálico que caía al suelo.

—¿Qué ha sido eso, Carla?

—No, no te des la vuelta, ¿vale? Ahora te lo enseño.

Esperé hasta que acabó de vestirse. Entonces Carla dio un salto hasta mi cama y me acercó una cosa. La cogí e inmediatamente me di cuenta de que se trataba de una chapa Biscop.

—¿De dónde la has sacado?

Carla se encogió de hombros antes de contestar.

—¡Bah, son una caca! —dijo—. Pensábamos que nos regalarían Megachapas y ya ves qué porquería nos han dado.

—¡Eh, Carla! ¿Qué es lo que has di-



cho? ¿Que os regalaron esto? ¿Dónde? En una farmacia, ¿verdad?

—Sí, pero ¿tú cómo lo sabes?

—Oye, ¿cómo se llama la farmacia?

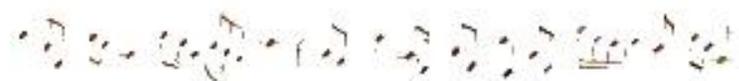
Carla hizo un gesto de concentración.

—¡Ay, no me acuerdo! Me parece que tenía un nombre un poco estúpido, como el de las chapas. ¿Sabes cómo las llaman los niños de la escuela? Infrachapas.

Nos echamos a reír.

Más tarde, ya con la luz apagada, estuvimos comparando la historia de los chapas. Todo encajaba: en su escuela también habían repartido anuncios que ofrecían servicios gratuitos en la farmacia y el regalo de las Megachapas.

—¿Y quién repartió los anuncios? —le pregunté.



—No lo sé, porque era un niño que no va a mi clase. Me parece que tiene un nombre rarísimo, porque a veces sus compañeros se burlan de él.

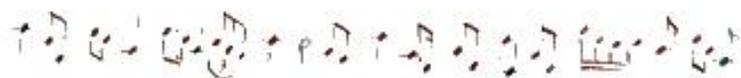
Aquella noche tuve una pesadilla en la que aparecían piojos gigantes que coleccionaban Megachapas. Había uno que tenía la cara de Solocón Biscop y hasta llevaba una gorra tan abultada y fea como la de él.

8

Efectos secundarios

Después vimos que todo encajaba. Le pedí a Ismael que preguntase qué había ocurrido en la escuela de su tía. Y sí, efectivamente, la escuela Los Zorros Zurdos también había tenido una oferta similar a la nuestra y a la de la escuela de Carla. Y sí, la farmacia que la ofrecía también se llamaba Biscop.

—¿Lo veis? ¿Os dais cuenta? —dije con gran excitación a mis amigos—. Los piojos y los Biscop van de la mano. Tenemos que descubrir cuál es la conexión.



—¡Ostras, piojos, qué rollo! —dijo Ismael rascándose la cabeza.

Después Riambau y yo también nos rascamos.

—¡Eh! ¿Os habéis dado cuenta de una cosa? —dijo Riambau—. Llevamos ya varios días utilizando este champú, el Ase-sinapiojos, y a mí me sigue picando la cabeza como el primer día.

Ismael y yo asentimos. Riambau tenía razón.

—¿Os acordáis de lo que estudiamos el año pasado? —pregunté—. Hay especies de insectos que son más resistentes que otras. Los piojos que tenemos deben de ser tan fuertes como elefantes. Mi prima me dijo que a ella tampoco le había desaparecido el picor.

Aquel día parecía que todas las fami-



lias habían llegado a la misma conclusión: si todavía teníamos piojos, quería decir que necesitábamos un producto más fuerte para eliminarlos. No nos quedó más remedio que acudir de nuevo a la farmacia Biscop para comprar uno nuevo.

El farmacéutico y su mujer nos recibieron encantados, como si fuésemos viejos amigos.

—¡Buenos días a todos! —nos dijo cuando llegamos—. Me hago cargo del problema, un problema molesto de verdad. Pero, por suerte, aquí, en casa Biscop, siempre tenemos soluciones para todo. ¿Que estos piojos nos plantan cara? Pues muy bien, les haremos la vida imposible. Señoras y señores, el producto que les ofrezco ahora no conoce piojo que se le resista.



—A ver si es verdad —dijo la madre de Lucía Mayol con cara de estar a punto de perder la paciencia.

—¡Pues claro que es verdad! —contraatacó el farmacéutico—. En casa Biscop nunca mentimos. Miren, el nombre define claramente al producto: se llama «PIOJOSMORTEM».

Cuando mi madre fue a pagar, un poco más y se cae de espaldas.

—¿Cómo puede ser que una botellita tan pequeña cueste esta fortuna? —preguntó escandalizada.

La farmacéutica Biscop le ofreció una de sus cargantes sonrisas.

—¿Sabe qué pasa, señora? Que Piojosmortem se fabrica en Suiza y nos lo traen especialmente desde allí. Y eso cuesta mucho dinero.



Solocón Biscop también metió baza.

—Piense que Piojosmortem contiene un concentrado de *portulacáceos* de efecto hiperactivo. Con sólo oír ese nombre los piojos se mueren de miedo.

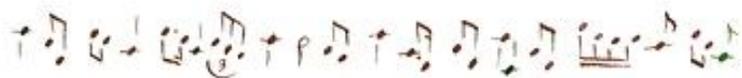
Pero el padre de Lucía Mayol no parecía muy contento.

—Oiga —dijo—. ¿Y si esto que nos vende resulta que es demasiado fuerte para la piel sensible de nuestros hijos?

Solocón Biscop se encogió de hombros y soltó una carcajada de despreocupación.

—¡No sufra, hombre, no sufra! Ya sabe que los suizos son gente seria.

Nos fuimos de la farmacia Biscop con nuestra carísima botellita de Piojosmortem, y con la esperanza de que los suizos hubiesen encontrado la fórmula para eli-



minar los piojos que tanto nos hacían la pascua.

Lo primero que oí al día siguiente, cuando todavía estaba en la cama, fue la voz de mi madre.

—Benito, vamos, levántate, ve al lavabo y mírate al espejo, pero no te asustes.

Estaba demasiado dormido para protestar. Hice lo que me ordenaba mi madre. Y ¿qué fue lo que vi en el espejo? Pues unos ojos medio cerrados y alguna legaña, la marca de la almohada en la cara, y..., y..., y en lugar de mi pelo despeinado y rizado, dos mechones de pelo completamente lisos que caían a un lado y a otro de la cara.

—Mamá, mamá, ¿qué me ha pasado?

Pero antes de que pudiese responder me fijé en su pelo: estaba exactamente





igual que el mío, completamente liso.

—¿Y papá también?

—Huy, no te imaginas lo enfadado que se ha ido hoy a trabajar —me dijo mamá medio riéndose—. Le he dicho que con esa cabellera tan lisa y la corbata parecía un extraterrestre sacado de la serie *Star Trek*, y un poco más y me come. «¿Lo ves?, esto me pasa por hacerte caso, si no hubiese usado ese champú asqueroso ahora no tendría este problema», me ha dicho.

En la clase, el único que estaba feliz con aquella pinta de paje medieval era Pablo Rovira.

—Ah, pues a mí me queda superbien, ¿no os parece? —decía muy satisfecho.

Más tarde, el follón que se montó frente a la farmacia Biscop fue de los gordos.



Una multitud de familias con niños que llevaban el pelo liso se aglomeró en la entrada, y esta vez el ambiente estaba caldeado.

—¡Ese cerdo del farmacéutico me va a oír, ya verás cómo me va a oír!

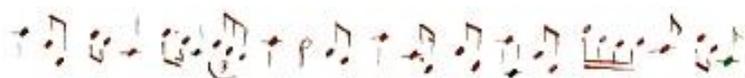
—Le exigiré que me devuelva el dinero. Hace tres días que le había hecho la permanente a mi niña y ahora parece la princesa boba de un cuento de hadas.

—¿Y por qué no usan ellos este asqueroso champú Piojosmortem?

—¡Los suizos lo único que saben hacer bien son los relojes y las chocolatinas!

Todo el mundo protestaba en voz alta y hasta había quien se atrevía a insultar públicamente a los farmacéuticos y sus productos.

Y, de repente, apareció Solocón Bis-



cop. En una mano sostenía un taburete, y en la otra, llevaba una caja de Piojosmortem. Colocó el taburete delante de la entrada de la farmacia, se subió a él y alzó la mano, en un gesto propio de profeta.

—Un poco de seriedad, señores, un poco de seriedad —así empezó su discurso—. Ya veo que hoy algunos de ustedes están irritados. Es comprensible y les entiendo. Pero lo que NO entiendo es que no se lean bien los prospectos de los productos farmacéuticos. ¡Deben hacerlo, señoras y señores, deben hacerlo!

Y a continuación sacó un papelito de dentro de la caja de Piojosmortem y lo desplegó.

—Como ya veo que muchos de ustedes no han leído el prospecto, ahora mis-



mo tendré el placer de leerles el apartado titulado «EFECTOS SECUNDARIOS». Dice así: «Piojosmortem puede, en algunos casos, provocar cambios en la pigmentación del cuero cabelludo, crecimiento de pelos en las orejas, confusión entre la mano derecha y la izquierda, y efecto alisador transitorio de la masa capilar». Atención, pues este último punto es el que nos incumbe, señoras y señores, porque, ¿saben lo que quiere decir exactamente? Quiere decir que, a veces, durante cierto tiempo, el pelo queda totalmente liso. Así de simple. Eso sí, para todos los que echen en falta sus rizos adorables y adorados, nosotros les podemos ofrecer un producto que contrarresta los efectos secundarios de Piojosmortem. Es un medicamento que proviene de Hungría y que se llama



Göndörek. Es caro, eso sí, pero infalible.

Esta vez nadie picó el anzuelo. Todas las familias prefirieron irse a sus casas, sin una solución para sus cabellos lisos pero con el dinero intacto en sus bolsillos.

Después de este suceso, nosotros, los tres bemoles, nos reunimos en un banco de la avenida de los Príncipes Rusos, en una especie de consejo de guerra.

—Escuchad, tenemos que hacer algo —empecé diciendo—. Estoy seguro de que Zwenti sabe por qué razón está pasando todo esto.

—Es verdad, vamos a buscarlo, y le exigiremos que nos lo explique todo —dijo Riambau.

—Pero ya sabéis cómo es. Si nos ve venir, se esconderá y no querrá saber nada más de nosotros —dijo Ismael.



—¡Pues muy bien, que se prepare porque le tenderemos una emboscada! —soltó Riambau, con aire desafiante.

9

La emboscada y la confesión de Zwenti

Riambau vivía puerta con puerta con Zwenti, y conocía perfectamente la ruta que seguía el hijo del farmacéutico para volver a su casa. Nosotros lo teníamos todo a punto y, además, aquel día estábamos de suerte porque a última hora de la tarde teníamos clase de Gimnasia. Eso quería decir que, si conseguíamos ser los primeros en ducharnos, podríamos salir antes y adelantarnos al resto.

Nos marchamos de la escuela como



alma que lleva el diablo y con el pelo aún mojado de la ducha, pues no podíamos perder el tiempo secándonoslo.

Cuando llegamos a la plaza de los Pies Planos nos escondimos en una esquina, en una callejuela que se llamaba pasaje de las Fotocopias. Estábamos los tres allí, agachados, y a mí me daba la impresión de que éramos unos salteadores de caminos.

—¡Callaos, me parece que ya llega!
—susurró Ismael.

Aguzamos el oído y, efectivamente, oímos cómo alguien se acercaba. Después reconocimos la voz de Zwenti que canturreaba su canción preferida: «Si fuera el rey, cómo me divertiría, si yo fuera el rey, nadie sobreviviría...»

—¡Ahora! —dijo Riambau, y los tres salimos disparados a la vez.



Sin mediar palabra nos plantamos delante de él formando una barrera. Nos miró, un poco asustado, y tampoco dijo nada.

—Hola, Zwenti, ¿adónde vas tan deprisa? —preguntó Riambau al poco rato como saludo.

—A casa. Dejadme pasar.

—Tenemos que hablar contigo —dije yo.

—No tengo nada que deciros. Me voy a casa a hacer los deberes.

—Un momento, un momento. Primero tienes que responder a unas preguntas —dijo Ismael.

—Os he dicho que no sé nada que os pueda interesar. ¡Dejadme ir!

Pero nosotros no nos movimos ni un milímetro. Entonces Zwenti empezó a lloriquear.



—Si llego tarde, mi padre me reñirá. Siempre dice que no me entretenga por el camino y que no hable con nadie...

A mí me dio pena. Parecía un niño pequeño que se ha perdido por la calle y no sabe cómo volver a casa.

—Venga, Zwentí, que sólo serán cinco minutos. Te prometo que después dejaremos que te marches —le dije mientras le ponía la mano en el hombro.

—Venga, vamos a sentarnos en aquel banco junto a la fuente.

Finalmente, Zwentí asintió con la cabeza. Nos dio su mochila, como si fuese una prenda o una garantía de que no iba a huir, y se fue a la fuente a lavarse la cara.

Riambau fue el que empezó el interrogatorio:



—A ver, primer punto: ¿tu padre tiene otras farmacias en la ciudad?

—Él no.

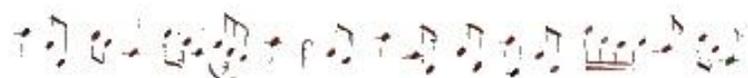
—¿Qué quieres decir con «él no»? ¿Quién, entonces? —pregunté.

—Bueno..., los otros..., mis tíos, es decir, sus hermanos.

—¿Cuántos tíos tienes? —preguntó Ismael.

—¿Tíos? Dejadme que los cuente. Está el padrino Brutus, uno; el tío Güelf, dos; el tío Coprió, tres; el tío Zolie, cuatro; el tío Musoni, cinco... ¿Cinco? Ah, no, se me olvidaba el tío Wenefrid, seis. Siempre me olvido de él. Supongo que es por el nombre, me cuesta recordarlo.

—O sea que en total tenemos siete hermanos y también siete farmacias. ¿No es así?



—Mirad —dije poco después—, lo pasado, pasado está. Después de usar este horrible producto de Piojosmorte, ya no tenemos piojos. Nos hemos quedado con estos pelos espantosos, es cierto, pero en pocos días volveremos a tenerlos como antes. Si ahora vamos con esta historia a la policía, nos tomarán por unos memos. No nos harán ni caso. Y además, es muy posible que Zwenti acabe pagando el pato. Lo que queremos es evitar que vuelva a pasar una cosa así. Y no sólo en nuestra escuela, sino en todas las escuelas que se encuentren cerca de una farmacia Biscop. Así pues, tenemos que escarmentar a los hermanos Biscop. El problema es cómo.

Zwenti miró la hora y después habló suplicándonos:



—¿Ya me puedo ir, por favor?

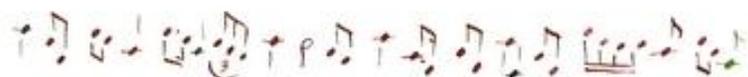
—Sí, vete —dijo Ismael.

—Escucha, Zwenti, gracias por la información, y confía en nosotros: no haremos nada que pueda comprometerte —le dije.

La cara se le iluminó con una sonrisa, nos dio las gracias y se fue como un rayo a casa.

Los tres bemoles nos quedamos sentados en aquel banco de piedra de la plaza de los Pies Planos. No abrimos la boca. Supongo que el peso de nuestro deber o la dificultad de la tarea nos tenía abrumados. De repente, Riambau le golpeó la pierna a Ismael.

—Oye —le dijo con voz viva—, ¿tu madre todavía tiene aquella cámara de vídeo que le tocó en una rifa?



—Supongo que sí, pero sólo me la deja alguna vez y para cosas importantes.

—Muy bien, pues la necesito para mañana. Dile que es para una cosa superimportante.

—¿Qué estás tramando, Riambau?

—pregunté.

—¿Para qué la quieres? —añadió Ismael.

Pero nuestro amigo no respondió. Se limitó a decirnos «adiós» y a alejarse entre risas, como si se hubiese vuelto tonto.

10 El testimonio de Riambau

Ismael y yo nos pasamos un par de días picados por la curiosidad, por saber qué era lo que pensaba hacer Riambau con la cámara de vídeo. Pero él, si le preguntábamos, nos contestaba con evasivas, y al final, nos pedía que no nos preocupásemos, que todo iba sobre ruedas.

El tercer día, al salir de la escuela, nos llamó en un aparte.

—¡Chavales, lo tengo todo a punto!
—nos dijo señalando su mochila—. Aquí



dentro tengo una grabación de vídeo que es pura dinamita. Ismael, ¿qué te parece si vamos a tu casa a verla?

—¡Venga, vamos! —exclamó Ismael.

Una vez bien instalados frente a la tele, Riambau se quedó mirándonos con cara de intriga y anunció:

—Antes de ver el vídeo, os tengo que explicar cómo me lo monté para grabarlo. Ha sido una odisea.

—¡Venga, va, que no puedo esperar más! —dijo Ismael, mientras saltaba de impaciencia por el sofá.

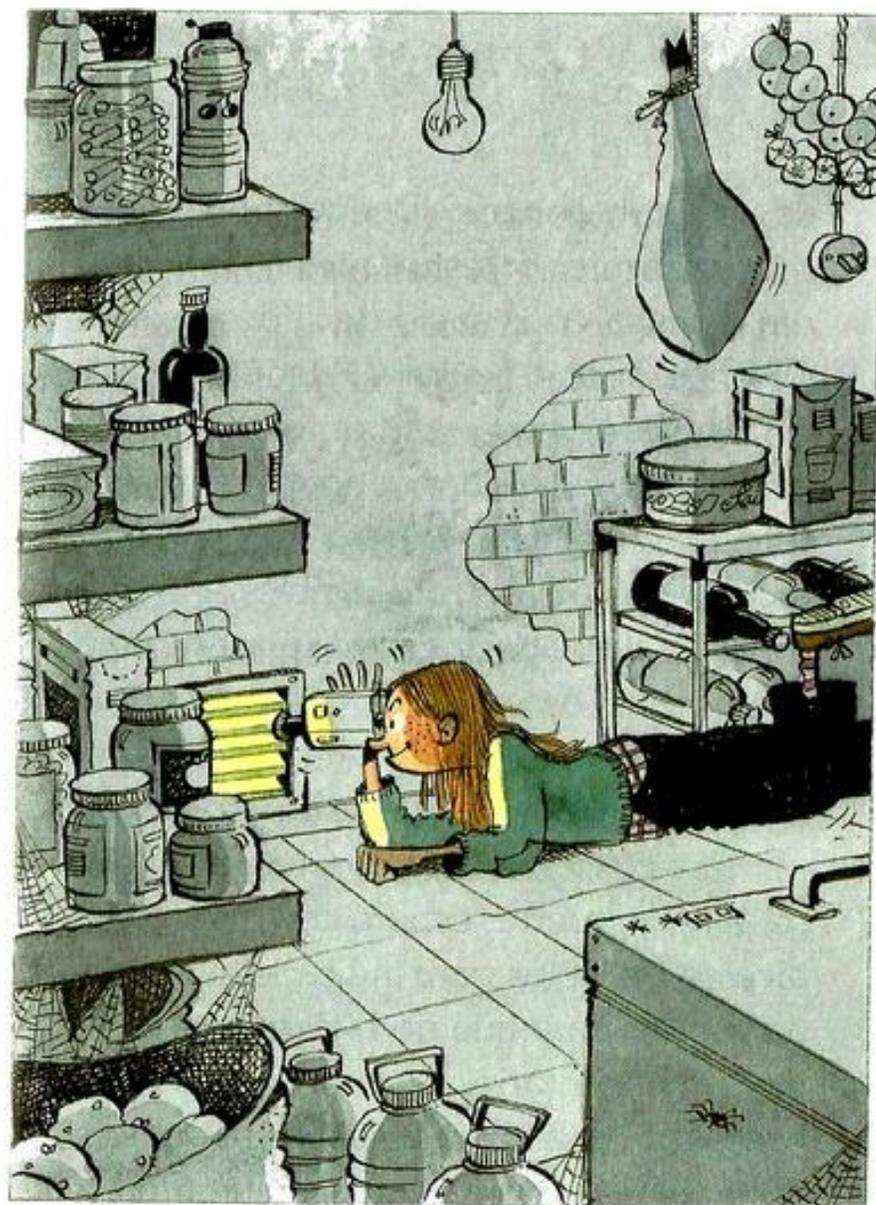
—De acuerdo. La cosa fue así —comenzó Riambau—. Vosotros sabéis que la casa de Zwentj y la nuestra están unidas, pared con pared, ¿verdad? En la parte de atrás hay un patio que sólo está dividido por un muro bastante bajo. En nues-

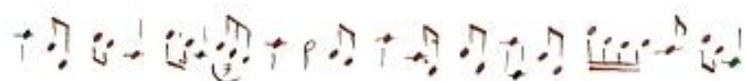


tro lado, mi padre tiene un lavadero y cuatro geranios raquíticos y medio muertos. En el lado de los Biscop, hay montones de cajas vacías de productos farmacéuticos y trastos. Mi plan tenía que ponerse en práctica de noche. Por eso, hace dos días, poco antes de cenar, le dije a mi padre que me iba a acostar porque no me encontraba muy bien. No me hizo ni caso porque estaba viendo su programa favorito en la tele, el de «¡Queremos la pasta!». Perfecto, ya tenía vía libre. Sin hacer ruido, me deslicé por el patio y me subí al lavadero: llevaba la cámara de Ismael colgada al cuello. Con un poco de esfuerzo conseguí saltar al patio de los Biscop. Allí reinaba una oscuridad total y, de repente, vi aparecer un gato negro y del susto casi doy un grito. Saqué un chicle del bol-



sillo y se lo di al gato. La pobre bestia aún debe de estar mascándolo. Había una única puerta, medio ajustada, que daba paso a la vivienda. La abrí con cautela y entré en la despensa. Todo seguía igual; no se oía nada y no se veía luz por ninguna parte. Estuve un buen rato agachado en la despensa esperando. Además, no sé qué deben de guardar los Biscop allí, pero olía fatal. Cuando habían transcurrido diez minutos, se encendió la luz de la habitación de al lado y oí una voz que decía: «Venga, Zwentibold, pon la mesa que vamos a cenar». No había duda alguna; aquélla era la madre de Zwenti. Fue entonces cuando me di cuenta de que en la parte baja de la pared que separaba la despensa del comedor había una abertura de ventilación. No era más grande que la entra-





da de una ratonera. «Bueno, tendré que conformarme con esto», me dije mientras me estiraba en el suelo de la despensa y observaba por el agujero. Bueno, no quiero avanzar nada del contenido del vídeo porque lo vais a ver ahora mismo, pero dejadme decir solamente que las limitaciones técnicas eran terribles. Hay un trozo en el que únicamente se ve un montón de latas de conserva que estaban almacenadas en un estante. Fue justo el momento en el que Zwenti entró en la despensa a buscar una cosa. Cuando oí que se abría la puerta, esperé con el dedo índice en los labios para indicarle que no se asustase y para que no hiciese ningún tipo de comentario. Zwenti me entendió enseguida y salió de la despensa como si nada. Ah, y ya veréis que la última parte



de la grabación es la más divertida. Pero eso es una sorpresa. Al final ya no quise tentar más a la suerte y volví sobre mis pasos. Me escabullí para volver a casa. Mi padre todavía seguía frente a la tele, como si se hubiese convertido en una estatua de sal. «¿Qué, papá?, ¿quién se ha llevado hoy la pasta?», le pregunté. Bostezó ruidosamente y me dijo que no lo sabía porque se había quedado dormido.

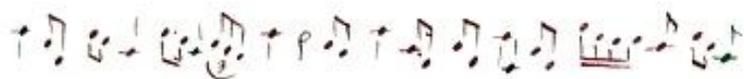
—Venga, Riambau, ahora que ya has acabado con la introducción, pon el vídeo. ¡Que comience la sesión! —dijo Ismael.

11

El vídeo: prueba acusatoria

Riambau tenía razón. La calidad del vídeo no era muy buena y, sobre todo, la primera parte, no muy interesante. Pero prefiero reproducir íntegramente aquí lo que vimos aquel día en casa de Ismael. Vale la pena hacer uso de la imaginación para recrear la escena.

Todo tenía lugar en el comedor de los Biscop. Era la hora de la cena. Los personajes que aparecían eran: papá Biscop, mamá Biscop y Zwentí.



El vídeo comenzaba con la imagen de las patas de la mesa y las de la silla y una franja de baldosas del comedor. Recordad que el pobre Riambau lo estaba filmando todo a través del agujero de la ventilación de la despensa, que quedaba a ras de suelo. Poco tiempo después se oía un ruido de pasos y entonces se veían unos pies con zapatillas, una parte de la pernera del pijama y la parte baja de una bata de estar por casa: eran los pies y las piernas de Solocón Biscop.

Papá Biscop: Nena, estas alubias te han quedado un poco saladas.

Mamá Biscop: ¿Ah, sí? Pues no lo entiendo porque he puesto exactamente dos puñaditos de sal, como siempre.



Zwenti: A mí tampoco me gustan. Mamá, ¿puedo dejarlas?

Papá Biscop (*con voz enfadada*): ¡Tú come y calla, que nadie te ha pedido opinión!

(*Ruido de cucharas y sorbos, y un «pfff» largo y sonoro.*)

Mamá Biscop: Zwenti, eres un marraño, ¿cómo te atreves a tirarte un pedo en la mesa?

Zwenti (*con voz llorosa*): ¡Pero si yo no he sido!

Papá Biscop: ¡Tú come y calla, que nadie te ha preguntado nada! Nena, te he dicho muchas veces que no deberías cocinar alubias para cenar. Ya lo ves, me provocan gases en la barriga.

Mamá Biscop: ¡Pero si antes te encantaban!



Papá Biscop (*malhumorado*): Pues ya no, y basta. Cambiemos de tema. ¿No ha llamado Brutus?

Mamá Biscop: Sí, esta mañana. Me ha dicho que ya tiene los caramelos laxantes a punto. Espero que no se haya pasado con la dosis porque si no, se notará demasiado. Tu hermano a veces es peligroso.

Papá Biscop: ¿Qué dices? ¿Cómo te atreves? Brutus es un genio y gracias a sus ideas nos haremos ricos. Esta vez venderemos todo el Diarreex que queramos. Ya lo verás, delante de la farmacia habrá colas de niños con cagarrinas, y sus padres pagarán lo que sea con tal de que les solucionemos el problema.

(En este punto se veía la mano del far-

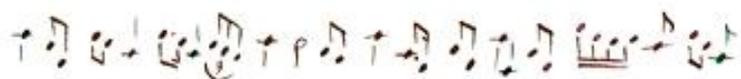


macéutico que tiraba hacia arriba la pernera del pijama y se rascaba una pierna. Pero lo más interesante del caso es que en esa pierna, a la altura del tobillo, tenía un tatuaje de un termómetro.)

Zwenti (*con la boca llena de alubias*): Oye, papá, yo no quiero repartir los caramelos en la escuela. Además, los niños, al final, acabarán sospechando.

Papá Biscop: ¡Quieres hacer el favor de no hablar con la boca llena! ¿Qué insolencia es ésta? ¿Que no vas a repartir caramelos en la escuela? Tú repartirás lo que yo te diga, ¿me oyes? Y si un día te pido que repartas ratas muertas, pues las repartes, ¿de acuerdo? ¿Te ha quedado claro?

Mamá Biscop: Espera, deja que se ex-



plique. A ver, Zwentibold, ¿les has explicado alguna cosa a tus compañeros? ¿Por qué dices que acabarán por sospechar algo?

Zwenti (*asustado*): No, no digo que ya sospechen. Claro que no he dicho nada, pero tengo miedo.

Papá Biscop: ¡Así me gusta! Que seas un Biscop de los pies a la cabeza y sepas mantener los secretos de la familia. Ven-ga, te has ganado un premio. Ve a la despensa y trae un poco de aquel chocolate tan bueno que compró mamá, el de oferta, el que tiene un cinco por ciento de cacao.

(Éste era el trozo que nos había explicado Rimbau en el que sólo se veía el estante de la despensa con las latas de



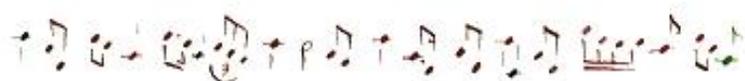
conservas y nadie decía nada. Después Zwenti volvió al comedor, y poco después, se oyó el ruido de algo que caía al suelo.)

Mamá Biscop: Niño, ten cuidado, ¡mira lo que has hecho! ¡Has tirado el salero al suelo y nos traerá mala suerte!

Zwenti: ¡No lo encuentro!

Papá Biscop: Claro que no lo encuentras, porque además de tener pocas luces eres corto de vista. Espera, que creo que se ha caído por aquí.

(En ese momento se veía cómo Solocón Biscop se ponía a cuatro patas para buscar el salero. Había un momento espectacular en el que aparecía su cara con la lengua fuera y el gesto de esfuerzo que



tenía que hacer el farmacéutico para recuperar el salero.)

Papá Biscop: ¡Ea, quita la mesa y a dormir, que mañana será un día de mucho trabajo!

Y aquí se acababa la grabación del vídeo de Riambau.

Ismael apagó el aparato y los tres nos quedamos un rato sin decir nada. Lo que acabábamos de ver era muy fuerte: era la prueba irrefutable de que los Biscop se dedicaban a organizar artimañas criminales. La cuestión que ahora se nos planteaba era la siguiente: ¿qué podíamos hacer para impedir que continuasen haciendo maldades y, al mismo tiempo, mantener la promesa con Zwenti?



Poco después, miré a mis amigos, y les dije:

—Mirad, yo creo que lo mejor es que hagamos una visita sorpresa a la farmacia Biscop. Y esta vez no iremos con las manos vacías. ¿Qué os parece?

Riambau e Ismael estaban de acuerdo. De repente, oímos la puerta del piso y, un segundo después, la madre de Ismael entró en el comedor.

—¡Hola, guapos! ¡Huy, qué caras! —dijo—. Mucho me temo que habéis estado viendo demasiada televisión.

—¡No te creas! —contestó Ismael—. Lo que pasa es que Riambau nos ha traído un vídeo de Walt Disney que era superbueno.

Y aquí los tres nos echamos a reír.

12

Una visita en familia

Los tres bemoles nos acercamos a la farmacia Biscop cuando casi era la hora de cerrar. Zwentí, que estaba al corriente de nuestra visita porque se lo habíamos comentado en la escuela, se escondió en la trastienda: no quería ser testigo de nuestra conversación con su padre.

—¡Hola, jovencitos! ¿Qué os trae por aquí? —preguntó el farmacéutico.

—Queremos hablar con usted —dijo Rimbau.

—Pues hablad, no tengáis miedo.



—Sí, pero no aquí. Mejor en un lugar más privado —dije yo.

Entonces el farmacéutico Biscop se echó a reír, de manera estruendosa y desagradable.

—¿Lo estás oyendo, nena? —le dijo a su mujer—. Estos mocosos necesitan un espacio privado para hablar conmigo. ¡Fíjate! ¡Ja, ja, ja, me muero de la risa!

En aquel momento, Ismael hizo una mueca de rabia y se le aceleró la respiración. Eso era señal de que se estaba enfadando mucho.

—Escúcheme, Biscop, no le consentimos que nos hable como si fuésemos tontos. Además, cuando haya visto el vídeo que llevamos en la mochila, creo que se le van a pasar las ganas de reír de golpe.

—Y a ti, mocoso, ¿quién te ha dado



permiso para hablar? ¿Quieres ver cómo te echo de la farmacia con una patada en el culo?

Pero la farmacéutica había entendido antes que su marido que lo del vídeo no era una broma. Y fue ella quien se mostró dispuesta a escucharnos.

—A ver, si estos chicos dicen que tienen un vídeo que puede interesarnos, a mí me parece que lo mejor que podemos hacer es que nos dejen verlo —y tras decir esto le dio un pisotón a su marido y añadió—: ¿A que es buena idea, Solocón?

Él tardó en contestar y, cuando lo hizo, fue con despecho:

—Está bien —refunfuñó entre dientes—. Pero os aseguro que si esto es una maquinación vuestra para conseguir algún producto de la farmacia gratis...



En ese caso, os aseguro que os la vais a ganar.

—Adelante, chicos, pasad. Vamos al comedor, que estaremos más cómodos —dijo la farmacéutica.

Seguimos al matrimonio Biscop al interior de su vivienda. Zwenti, que seguramente había oído toda la conversación escondido en algún rincón de la trastienda, también se unió a la comitiva. Todos nos sentamos frente al televisor y el aparato reproductor de vídeo. Yo miré a mi alrededor hasta que descubrí la pared con la abertura de ventilación desde la que Riambau había grabado la cinta de vídeo.

—A ver, niño, pon esa porquería que han traído estos oportunistas.

Zwenti puso la cinta en el aparato, pulsó el botón de «PLAY» y después se sen-



tó a mi lado. A la derecha tenía a Riambau, y cuando aparecieron las primeras imágenes de las patas de la mesa y la silla, mi amigo sonrió de satisfacción, como si fuese un director de cine en el estreno de su última película.

—¡Pero si es nuestro comedor! ¡Qué vergüenza! —gritó el farmacéutico Biscop.

Y yo, por dentro, pensaba: «pues espera, espera y ¡ya verás lo que viene más tarde!».

Efectivamente, en el momento en el que se vio a Solocón Biscop en la pantalla con la cara roja y sofocada y la lengua fuera, éste se enfadó muchísimo.

—¡Ah, no, esto pasa de castaño oscuro! ¡Es intolerable! Niño, haz el favor de apagar esta porquería ahora mismo.



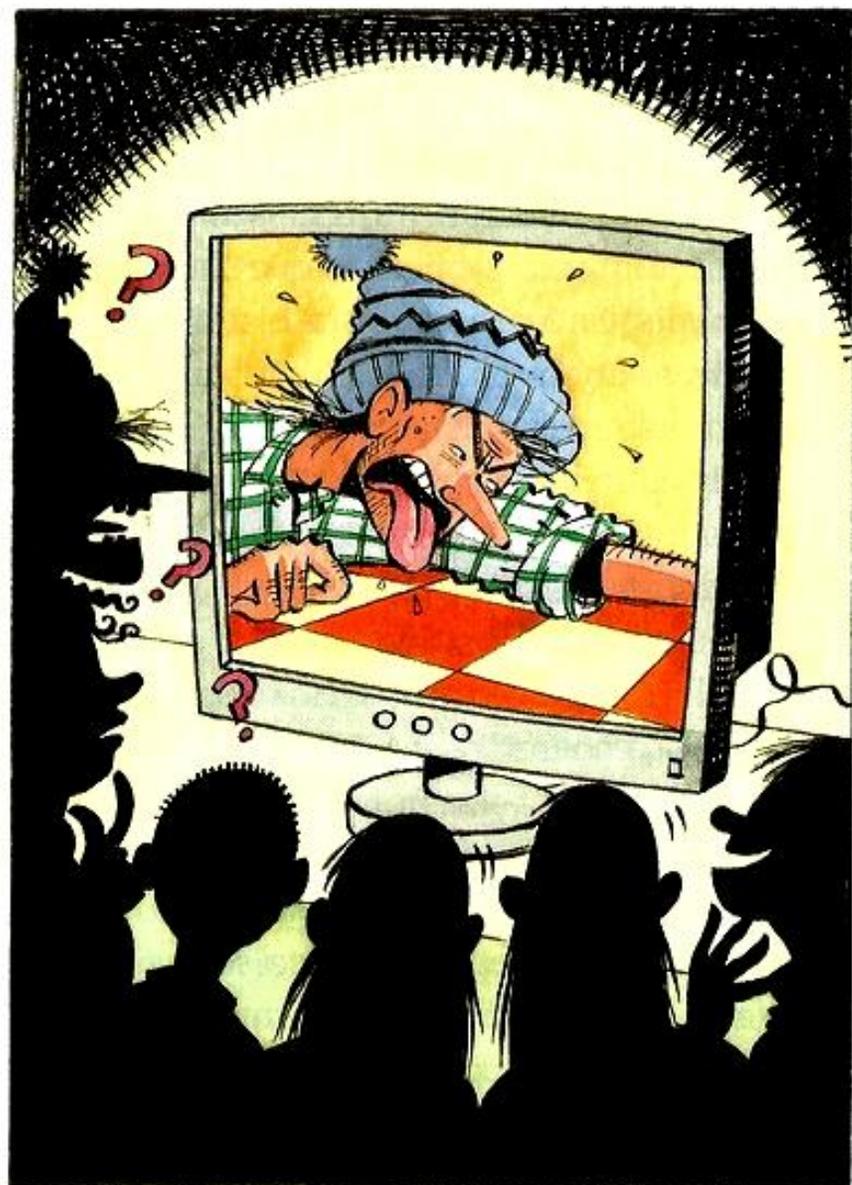
Momentos antes a Zwentí se le había escapado un poco la risa, pero al oír las órdenes de su padre se levantó para obedecerle.

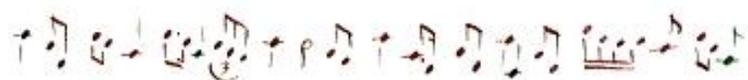
—Espera, Zwentibold, es mejor que lo veamos todo hasta el final —dijo su madre.

La verdad es que nosotros estábamos tan satisfechos de aquella grabación que nos confiamos demasiado. No nos esperábamos lo que pasó a continuación.

En cuanto la última imagen desapareció de la pantalla, el farmacéutico se lanzó al aparato de vídeo y, como un rayo, pulsó el botón de «EJECT». Cuando el aparato vomitó la cinta de vídeo, la cogió y la retuvo entre sus manos.

—¡Ja, ja, ja, ahora sí que se ha acabado toda esta comedia! —dijo con aire triun-





fal—. Sin grabación no tenéis ninguna prueba contra mí. Y pensad que sin pruebas nadie va a creerse esta historia absurda y demencial de tres niños que no saben ni limpiarse los mocos.

Miré a mis amigos y vi que se habían quedado tan confusos como yo. Hasta la farmacéutica se alió de nuevo con su marido.

—Tienes toda la razón, Solocón. Ahora mismo echaremos a estos granujas maleducados.

A pesar de todo, nadie se movió y pasaron dos minutos que se nos hicieron interminables. De repente, Ismael se levantó de un salto y se acercó al farmacéutico. Éste, temiendo que le fueran a arrebatarse la cinta, le dio un empujón y abrazó la cinta con más fuerza.



—No, Biscop, no crea que le quiero quitar el vídeo —dijo Ismael con valentía—. Y no se la voy a quitar porque no lo necesito. ¿Qué se cree? ¿Que somos tan inocentes que sólo tenemos una copia? No, amigo mío, no. Hay dos copias más en un lugar seguro. Y permítame que le diga una cosa. Si ustedes intentan hacernos daño o retenernos en contra de nuestra voluntad, hemos dejado instrucciones a nuestras familias. Si no aparecemos por casa antes de las once, le puedo asegurar que delante de la farmacia Biscop se organizará una buena: vendrán los municipales, la Guardia Urbana, los cuerpos de asalto, las brigadas especiales y puede que hasta Superman... ¡O sea, que a portarse bien!

Me quedé boquiabierto ante la capaci-



dad de reacción de Ismael. Porque todo eso de las dos copias de seguridad y el resto se lo acababa de inventar en aquel momento. Estoy seguro de que aquellas ideas las había sacado de los libros y cómics de detectives que solía leer.

La farmacéutica, consciente de que había metido la pata, quiso arreglarlo.

—¡Por favor, que nadie se ponga nervioso! Ahora mismo nos sentamos y hablamos, porque ya sabéis lo que os recomiendan en la escuela: hablando se entiende la gente. Estoy segura de que nosotros también nos vamos a entender, ¿verdad, Solocón?

Pero el farmacéutico se limitó a soltar un gruñido de contrariedad.

—Vamos a ver, me parece que todos tenemos sed —dijo la farmacéutica—.



Zwentibold, trae la limonada de la nevera, la de oferta con un tres por ciento de limón natural, que a tus amigos les va a encantar.

—Escuche, señora, ya puestos, ¿no podría traernos también algo para picar? Unas patatas, unas aceitunas, unos cacahuetes...

—¡Esto ya es demasiado! ¡Qué desvergüenza! —refunfuñó el farmacéutico mientras iba a la despensa a buscar lo que le pedía Riambau.

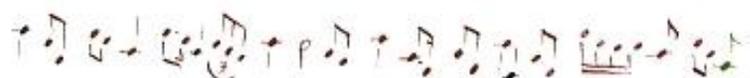
13

Los acuerdos

Estar sentados alrededor de la mesa de los Biscop a punto de negociar era una sensación muy extraña. En un lado estaban Zwenti y su madre; en el otro, nosotros, los tres bemoles; y en una punta, con aires de general, Solocón Biscop.

—¿Qué es lo que queréis? —dijo la farmacéutica para abrir la sesión.

—Me parece que está muy claro —empecé yo—. Estamos dispuestos a olvidar todas las barrabasadas que habéis hecho hasta ahora...



—¿Barrabasadas?! ¡Vaya jeta! —protestó el farmacéutico, pero su mujer le dio un codazo y él se calló a regañadientes.

—Sí, barrabasadas, señor Biscop. Porque si no, ya me dirá qué son sus estrategias criminales para vender sus productos farmacéuticos. Bueno, es igual, dejémoslo. La cuestión es que nosotros queremos que no se vuelva a repetir. En el vídeo que acabamos de ver queda constancia de que preparaban un nuevo golpe, usted y sus hermanos, y esta vez a base de caramelos laxantes para poder vender después una marranada que se llama Diarreex y que estoy convencido de que debe de ser carísima.

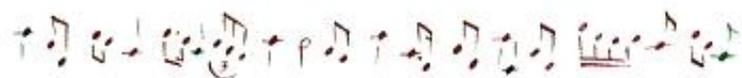
—¡Mira, qué angelitos! —intervino Riambau mientras cogía un puñado de patatas fritas.



—Pues esto, señor Biscop, ya se lo puede ir sacando de la cabeza porque si no, no tendremos más remedio que hacer público el contenido de este vídeo. Ahora, lo que tiene que hacer es hablar con sus hermanos e informarles de nuestros descubrimientos. A partir de ahora la única solución que les queda es trabajar en la farmacia de manera honrada, sin trampas ni tejemanejes. ¿Está de acuerdo?

El farmacéutico Biscop me miró con cara de odio, pero no abrió la boca. Fue su mujer la que tomó la palabra.

—Mirad, chicos, la verdad es que tenéis toda la razón. Yo ya hacía tiempo que se lo decía a Solocón, que últimamente estábamos pasándonos de la raya. Todo empezó con algunas buenas ideas de su hermano mayor, Brutus. Pero lo que en



un principio eran astutos planes de publicidad fueron convirtiéndose, poco a poco, en iniciativas estrafalarias para ganar dinero de forma..., bueno, de forma poco legal...

—¡Sí, hombre, eso, dales coba tú ahora! —protestó el farmacéutico.

—Biscop —atacó Ismael—. ¿Está dispuesto a prometernos que nunca más volverá a hacer el burro?

El farmacéutico agachó la cabeza y no respondió hasta que su mujer le dio otro codazo.

—¡Solocón! —dijo.

—Está bien, de acuerdo, lo prometo. Pero que conste que sois peores que la peste bubónica —y después añadió—: Eso sí, vosotros también tenéis que prometerme que no me haréis ninguna jugarre-



ta con el vídeo, y que lo destruiréis.

—Lo destruiremos en breve, si todos somos buenos —dijo Riambau.

—¿Y las copias también, verdad? —dijo la farmacéutica.

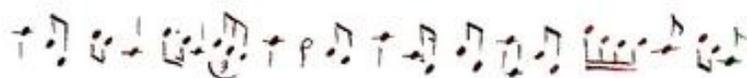
—Las copias también —afirmé sin que se me escapara la risa.

Entonces Zwenti, que había estado escuchando todo el rato con gran atención, se levantó y carraspeó.

—¿Y tú qué quieres? ¡Siéntate y cállate! —gritó su padre.

—Un momento, señor Biscop —intervine yo, que ya me imaginaba las intenciones de Zwenti—. Los acuerdos no se cierran si usted no acepta las condiciones de su hijo.

—¿Las condiciones de este enano? ¿Pero es que os habéis vuelto locos? —ex-



plotó el farmacéutico con la cara alterada por la indignación.

—Cállate, Solocón, y escucha lo que dice el niño —respondió su mujer.

—Papá. Yo quería pedirte... Primero, que me hables con más respeto...

—¿Respeto?! ¡Pero si eres un renacuajo y un cagueta!

—¡Solocón, haz el favor!

—Sí, papá, con respeto, porque los niños también merecen respeto, por si no lo sabías. Segundo, que me des permiso para ir a jugar a casa de mis amigos del colegio. Y tercero, que me dejes llevar el pelo como a mí me guste.

—¡Sí, hombre! ¿Y por qué no me pides también un chófer privado para que te lleve a la escuela?

—Señor Biscop —dije yo—, ya ha oí-



do la petición de su hijo. ¿Qué dice usted?

El farmacéutico nos miró a todos desde la cabecera de la mesa. Su postura era la de un general derrotado.

—Está bien, niño, pero cuando seas mayor no quiero oír ni una recriminación. Que el mundo sepa que yo intenté educarte como es debido...

Entonces pasó algo inesperado: Zwen-ti se levantó de la silla, se acercó a su padre, le abrazó y le dio un beso sonoro en la mejilla. El farmacéutico se puso rojo y después murmuró:

—¡Chantajista!

14

Super People

Dos días más tarde el aspecto de nuestros cabellos empeoró. Ahora ya no eran lisos ni rizados, sino mitad y mitad. Es decir, en la mitad derecha teníamos una cabellera lisa como una cascada, y en la mitad izquierda, un montón de rizos de lo más retorcidos. El efecto era muy curioso, parecía como si nos hubiese peinado un peluquero loco o muy moderno. En la escuela nos burlábamos los unos de los otros. Pablo Rovira, como de costumbre, era el único que se alegró de los cambios.



—Si me miro en el espejo de un lado, soy una persona; y del otro, soy otra. Está muy bien, ¿no? —decía, contento—. Dos por el precio de uno.

Y en medio de todo esto llegó la noticia bomba: en la revista *Super People* había un artículo en exclusiva de Álex Destrozaguitarras, con muchas fotos. En el recreo Lucía Mayol le pidió a Carmen que la acompañase al quiosco para comprar la revista, y Carmen, que en realidad es la maestra más buena del mundo, le dijo que era una pesada, pero aun así la acompañó.

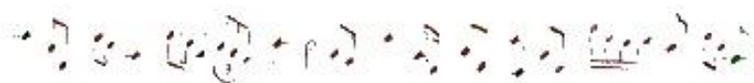
—¡Es muy fuerte, es muy fuerte lo que le ha pasado! —dijo Lucía después, mientras miraba las fotos de la revista.

Todo el mundo quería saber qué decía exactamente el artículo y entonces Lucía



Mayol me pidió que lo leyese en voz alta.

—Está bien, pero haced el favor de no interrumpirme, ¿vale? —dije yo—. Escuchad la noticia: «Hace unos días, el gran Destrozaguitarras dio un concierto benéfico en la escuela de Las Cabras Locas, en el distrito de las Duchas Estropeadas. El gran artista cantó, entre otros, su tema más conocido, *Los duendes no crecen nunca*, acompañado de un coro de niños y niñas de la escuela. Al día siguiente, el popular cantante se despertó con un gran picor en la cabeza. ‘Me picaba tanto’, nos explica él mismo, ‘que no me lo pensé dos veces. Bajé a la barbería de al lado de casa y le dije al barbero que me afeitase la cabeza. Yo soy así, una persona muy impulsiva. Además, ahora estoy muy contento con este cambio de imagen’. Y no-

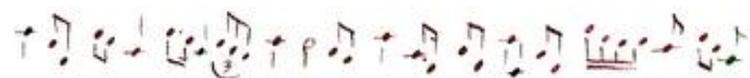


sotros, desde la redacción de esta revista, nos preguntamos cuánto tiempo va a pasar antes de que todos los seguidores de Álex Destrozaguitarras hagan lo mismo que su ídolo y también se afeiten la cabeza. La opinión de algunas de sus *fans* es que Destrozaguitarras está aún más guapo y atractivo sin un solo pelo en la cabeza.»

—¡Qué fuerte! ¡Qué fuerte! —repetía Lucía Mayol.

Había comentarios para dar y tomar: unos decían que el cantante había perdido toda la gracia sin su cabellera; otros aseguraban que Destrozaguitarras era un tío genial con pelo o sin él. En las páginas centrales de la revista aparecían unas fotos en color con primeros planos del músico: de cara, de perfil, de espaldas...





Yo hice como mis compañeros: hojeé la revista para ver las fotos y no me fijé en nada en especial. Pero después, Lucía dijo una cosa que me llamó la atención:

—¿Habéis visto? ¡Qué fuerte! Álex tiene un tatuaje en la cabeza.

Le pedí a Lucía que me lo dejase ver otra vez. Efectivamente, en la foto de espaldas se veía que un poco más abajo de la coronilla tenía un tatuaje.

—¿Qué es lo que hay dibujado en ese tatuaje? —preguntó Ismael.

—No estoy segura, pero yo diría que es un lápiz —dijo Lucía—. Claro, como de pequeño le llamaban Destrozalápices...

—¡Vaya disparate, un lápiz tatuado! A mí me gustan más los tatuajes de calaveras —dijo Sergio.

Pero yo me quedé con la duda de sa-



ber qué era exactamente. Por eso, cuando estábamos en clase, cogí la lupa que utilizábamos para estudiar los insectos y las plantas. La imagen de la foto aumentada por la lente me permitió identificar que el tatuaje no era el de un lápiz, sino el de un objeto bien diferente.

Aquel descubrimiento me dejó de piedra: el tatuaje de Álex Destrozaguitarras representaba un termómetro.

15

La barbería Mario

El primero que siguió el ejemplo de nuestro cantante favorito fue Riambau. El lunes llegó a la escuela con la cabeza completamente pelada. Claro, él lo tenía muy fácil porque su padre era barbero. Poco después, Ismael y yo hicimos lo mismo: queríamos ser los tres bemoles pelados. El padre de Riambau nos dejó como dos bolas de billar. Nosotros, que teníamos muy poco dinero, llegamos a un acuerdo con él: si le limpiábamos y le poníamos orden en la barbería, él, a cam-



bio, no nos cobraría ni un céntimo por raparnos el pelo.

—¡Ah, pues yo también me lo voy a hacer! —dijo Lucía Mayol, cuando nos vio con la cabeza tan brillante y sin el peinado del «efecto Piojosmortem».

Aquello fue como las cerezas: una cereza estira otra cereza, y ésta otra, una más, y ésta... Pocos días después, más de la mitad de la clase iba rapada al cero. A mí me hacía gracia observar a mis compañeros desde el fondo del aula. Veía un montón de cogotes rosados y dos orejas que sobresalían de cada cabeza y que parecían dos asas. Todos juntos dábamos la impresión de ser habitantes de otro planeta. Carmen se enfadó mucho y un día nos riñó:

—La verdad es que parecéis un reba-



ño de ovejas. A ver, quiero haceros una pregunta: si vuestro querido Álex Destrozaguitarras se tira por la ventana, ¿vosotros también os tiraríais?

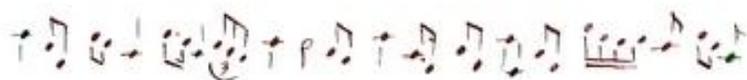
Como un rayo, Sergio levantó la mano y contestó:

—Por supuesto que no, Carmen. A nosotros nos gusta su nuevo aspecto, pero no somos idiotas, ¿eh?

Y todos nos echamos a reír.

Fue en esa época cuando la barbería del padre de Riambau volvió a prosperar.

Él, que se llamaba Mario, se compró una bata nueva, hizo que le afilasen las tijeras y las navajas, y a partir de entonces volvió a tener el local bien reluciente. En la entrada, y con la ayuda de Riambau, colgó un cartel que habían pintado entre los dos en el que se veía un retrato de Des-



trozaguitarras pelado y con un texto debajo que decía:

«BARBERÍA MARIO LE ASEGURA EL AUTÉNTICO ESTILO DESTROZAGUITARRAS. PRECIOS MÓDICOS PARA NIÑOS Y NIÑAS.»

Nosotros, los tres bemoles, al salir de clase nos pasábamos muchos ratos en la barbería. El padre de Riambau había instalado un equipo de música al fondo del local y ponía las canciones de Destrozaguitarras a todo trapo. Al cabo de poco tiempo ya no eran sólo los niños y las niñas de nuestra escuela los que venían a la barbería, sino también clientes de otros barrios. Muchos de los que venían de la calle se sacaban el abrigo y decían:

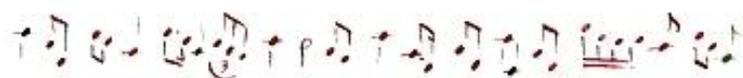
—Buenas tardes, quisiera un corte de pelo al estrilo Destrozaguitarras.



—Faltaría más —decía el barbero Mario, y les dejaba la cabeza bien afeitada y reluciente.

Una de aquellas tardes, presenciábamos una escena muy curiosa frente a la farmacia Biscop. Estábamos jugando en la entrada de la barbería cuando, de repente, vimos salir de la farmacia a un grupo de hombres que vestían una bata blanca. Había uno muy alto y delgado, que superaba a los demás bien bien una cabeza. Todos se parecían mucho. Enseguida reconocimos a Solocón Biscop y él nos miró de reojo, pero evitó saludarnos.

Aquellos hombres con bata blanca parecían discutir sobre alguna cosa; todos hablaban a la vez y gesticulaban con vehemencia. Aguzamos el oído mientras disimulábamos que jugábamos a las Megachapas.



—Ha pasado mucho tiempo, Brutus, ahora ya es demasiado tarde —dijo uno.

—Pero pensad que a mí me pesa en la conciencia. Es como una losa que me cuelga del cuello. Me hace sentir culpable y no me deja vivir —argumentó aquél a quien habían llamado Brutus.

—¿Y hasta ahora no lo has sabido?

—¡Pues claro que no! ¡Yo fui el primer sorprendido! —dijo Brutus.

—¿Y qué tipo de consecuencias pueden recaer sobre nosotros? —dijo un cuarto.

—¿Y sobre nuestras farmacias? —preguntó un quinto.

—Brutus, a mí me parece que si has estado callado durante tantos años, deberías continuar haciendo lo mismo —comentó un sexto.

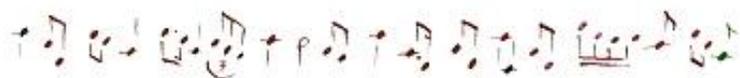
Entonces Brutus alzó los brazos hacia



el cielo, en un gesto teatral, y dijo con voz de trueno:

—Escuchad, chicos, vosotros quizás no os dais cuenta de la importancia de este descubrimiento. Es verdad que he guardado silencio durante todos estos años, pero no ha pasado un solo día que no me haya arrepentido de lo que hice. Y, si ahora los dioses me dan la oportunidad de redimir la culpa, no tengáis ninguna duda de que cumpliré con mi deber: hablaré.

Tras aquellas palabras la reunión de la farmacia se disolvió. El primero en irse fue Brutus, y al poco rato, los otros también fueron alejándose, cada uno por su lado. Solocón Biscop se quedó plantado a la entrada de la farmacia, con un gesto de preocupación en la cara. De repente, cuando se dio cuenta de que nosotros le



estábamos espiando, dio unas palmadas y nos dijo:

—¡Eh, vosotros, venga, a tomar el aire a otra parte, que ya tengo suficientes dolores de cabeza!

Nosotros no dijimos nada, pero le hicimos caso. Nos instalamos en uno de los bancos de la avenida de los Príncipes Rusos.

—¿Sobre qué creéis que hablaban? —preguntó Ismael con ojos de curiosidad.

—No lo sé, pero sea lo que sea, se les veía muy trastornados —dijo Riambau.

Yo me quedé callado porque estaba demasiado preocupado por la conversación que acabábamos de oír. Pero de una cosa sí que estaba absolutamente convencido: aquellos siete hombres de bata blanca eran los hermanos Biscop.

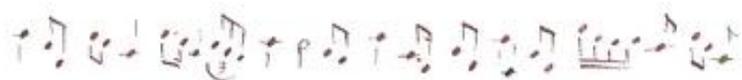
16

Noche de famosos

El sábado fue Zwenti el que apareció por la barbería de Mario para cortarse el pelo. Riambau, Ismael y yo lo vimos entrar por la puerta de cristal y nos alegramos. Teníamos miedo de que su padre se hubiese echado atrás y no respetase su promesa.

—¡Buenos días, chaval! ¿Qué te parece? ¿Quieres un corte de pelo estilo Destrozaguitarras como el de tus amigos? —le preguntó el barbero Mario.

Zwenti se sentó en una de las butacas



giratorias de la barbería y mostró una sonrisa.

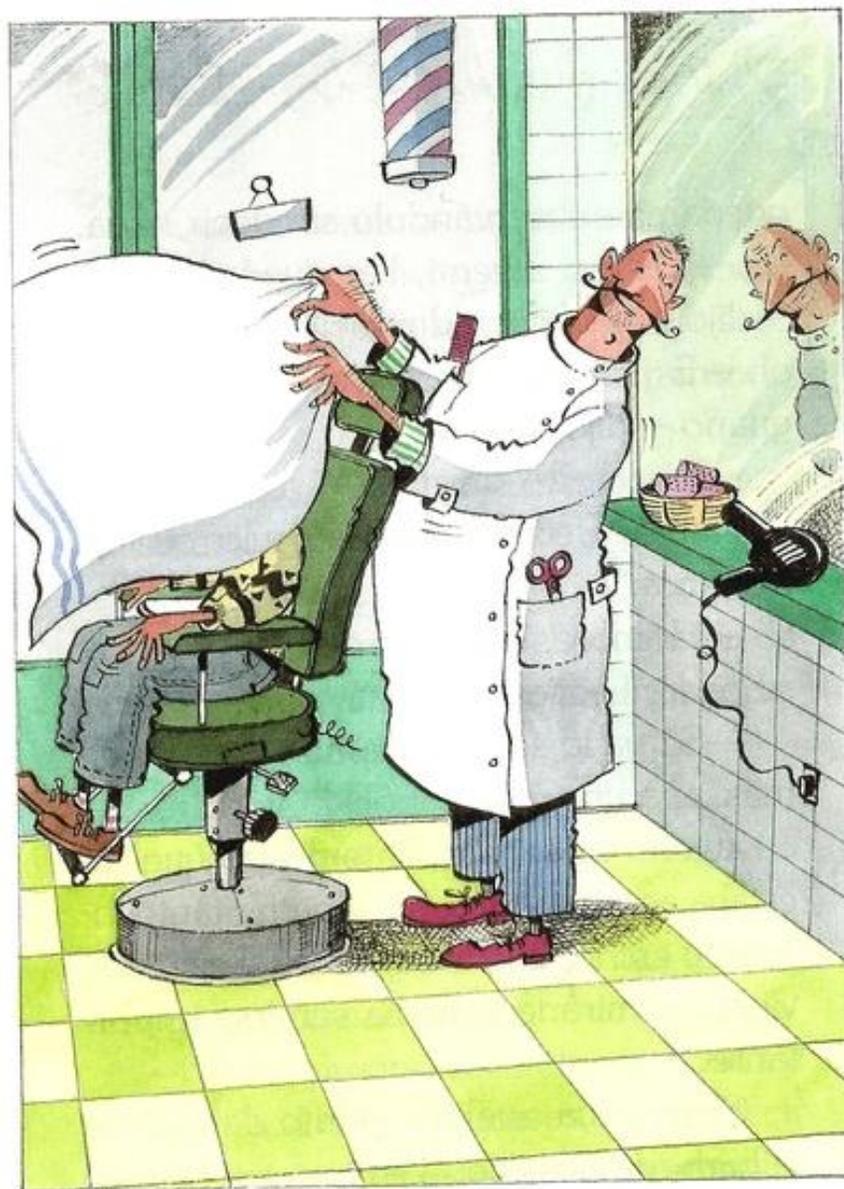
—Sí, por favor —dijo.

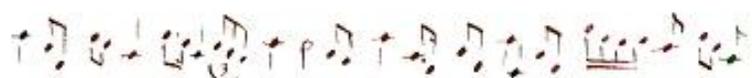
Nosotros estábamos al fondo del local y, mientras escuchábamos la música atronadora de Destrozaguitarras, nos imaginábamos que aquello era una discoteca ultramoderna que se llamaba Mario y que de un momento a otro entraría nuestro ídolo musical a tomarse un refresco.

Poco rato después el padre de Riambau nos llamó.

—¡Eh, chicos, mirad cómo ha quedado vuestro amigo!

Y después de decir aquellas palabras, hizo aquel gesto que a mí me gusta tanto: de un golpe arrancó la bata blanca sin mangas de la barbería que Zwenti tenía alrededor del cuello. Nosotros nos





quedamos observándolo sin decir nada.

—¡Ostras, Zwenti, has quedado total!
—dijo Ismael con admiración.

—Es verdad. Así, pelado, estás más guapo —dijo Riambau.

—Escuchad —añadí yo—, ¿no creéis que Zwenti se parece a alguien, a alguien que conocemos?

—Hombre, supongo que se parece a su padre —dijo Riambau.

—Sí, ya lo sé, pero también a alguien más..., a una cara conocida.

Zwenti se sentía contento porque no estaba acostumbrado a despertar tanto interés y eso de que todos le mirasen y volvieran a mirarle le hacía sentirse importante.

Cuando ya estaba a punto de salir de la barbería nos dijo:



—Quería contaros un secreto. Mi padre ha dicho que mejor que no lo comenté con nadie, pero como también será público dentro de nada, yo he pensado que...

—¡Venga, Zwenti, desembucha! —cortó Ismael, que tenía poca paciencia.

—Pues mirad —continuó Zwenti, todo rojo—. Esta noche en el programa de la tele *Noche de famosos* saldrá mi padrino, Brutus Biscop.

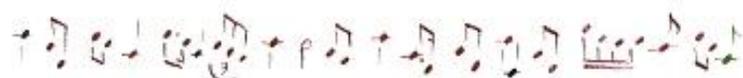
—¿De verdad?

—¿Y por qué?

—¿De qué hablará?

Pero al oír nuestras preguntas, Zwenti negó con la cabeza.

—No me preguntéis nada más porque no sé más. Lo único que os puedo decir es que mis padres están un poco nervio-



sos, y durante todo el día, han estado llamando mis tíos.

Le dimos las gracias y él se fue muy satisfecho: no sólo lucía una calva igual que la de Álex Destrozaguitarras, sino que además había despertado nuestra curiosidad con un secreto de verdad, un secreto que se desvelaría aquella misma noche en la tele.

En un santiamén lo tuvimos todo decidido: nos reuniríamos en casa de Ismael para ver el programa *Noche de famosos*. Prepararíamos unos bocadillos y quizás hasta compraríamos una Coca-Cola de dos litros. Aquella noche prometía...

A las ocho y veinticinco minutos ya lo teníamos todo a punto y nos habíamos instalado frente a la tele. El programa comenzaba a las ocho y media. Poco des-



pués, cuando oímos la música estúpida e histérica que anunciaba el inicio de *Noche de famosos*, Riambau hasta llegó a aplaudir.

—Riambau, cualquiera diría... —le llamó la atención Ismael.

—Es que estoy muy nervioso —dijo él.

—Va, callaos, que empieza ya...

17

**La entrevista
(primera parte)**

El presentador del programa se llamaba Andoquí Malafuente y tenía un aspecto ultramoderno. Llevaba unas gafitas de montura rectangular de color azul, tenía una barba muy fina y la cabeza embadurnada de un gel que le mantenía los pelos de punta. El mobiliario del estudio consistía en contenedores de basura que habían reciclado y los habían convertido en butacas inmensas, tapizadas con papel de periódico. Malafuente se sentaba



en el contenedor amarillo y hablaba a trompicones. Y de vez en cuando se reía como un loco.

—Esta noche tendremos muchas novedades que os encantarán, pero el plato fuerte será una sorpresa especial... Ja, ja, ja...

Hubo que tener mucha paciencia. De entrada salieron una serie de famosos que a nosotros no nos interesaban para nada: cantantes malos, deportistas, escritores soporíferos, actrices insoportables...

Y cuando ya no podíamos más, el presentador se acarició la barbilla, puso cara de misterio y dijo:

—Y ahora sí, amigos, ha llegado el gran momento. Quiero presentaros a un personaje que afirma saber cosas que los demás ignoran. Recibámoslo, pues, con un



sonoro aplauso. Con todos ustedes el farmacéutico... ¡Brutus Biscop!

Nosotros tres aún nos acercamos más al televisor. La entrada del padrino de Zwenti fue extraña. Para aquella ocasión llevaba un traje azul oscuro y una corbata verde con unos lunares que parecían aspirinas. Él, tan correcto y tan alto, en aquel estudio tan moderno, más bien quedaba fuera de lugar. Andoquí Malafuente le saludó con una de sus enormes sonrisas y le invitó a sentarse en el contenedor verde, que prácticamente iba a juego con la corbata que llevaba.

—¡Buenas noches, señor Biscop!

—Sí, pero es Biscop, con c...

—Muy bien, no nos peharemos por una letra —dijo Malafuente e inmediatamente dejó escapar una carcajada de ma-



níaco—. Y ahora, sin perder más tiempo, nos gustaría que usted nos revelase ese secreto que dice que tiene. Adelante, Biscot.

Brutus Biscop tosió un poco y después se sonó. Se veía a la legua que estaba muy nervioso. Debía de ser la primera vez en su vida que ponía los pies en un estudio de televisión.

—Bueno, ejem, es una historia larga larga y más bien triste...

—No se preocupe, Piscot, tenemos toda la noche.

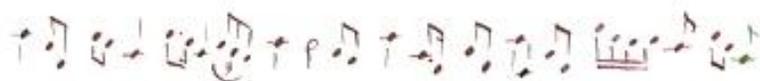
—Mi padre, Menulf Biscop, era farmacéutico —comenzó Brutus—, y cuando yo era pequeño, vivíamos en una casa muy grande en el barrio de Ortopedia. Por aquella época, en aquella zona todo eran grandes casas, no como ahora...



Mi madre, que se llamaba Manuela, quería muchos hijos, no sé por qué, pero quería muchos. Yo soy el mayor de siete..., bueno, no, justamente soy el mayor de ocho hermanos.

—¿Por qué lo dice? —pregunté yo, sorprendido, pero Ismael y Riambau no me hicieron caso y me dijeron que me callase, que querían escuchar al padrino de Zwenti.

—Todo iba muy bien hasta que nació el último hijo, mi hermano pequeño —continuó Brutus Biscop—. Los otros eran buenos niños y a mí nunca me molestaban. Sabían que si tocaban mis cosas se ganaban una bofetada o una colleja, por lo que me dejaban tranquilo. Pero cuando nació Papius las cosas cambiaron. El pequeño era una criatura destructiva: se comía mis



deberes de la escuela o los dejaba inservibles y llenos de babas. Cuando fue un poco mayor mordía los lápices o los rompía, o aún peor, cogía mi pluma estilográfica y clavaba la plumilla en las patatas y las cebollas de la despensa.

—Bueno, ya se sabe, Bistot, los niños son seres libres, ¿no? —le interrumpió el presentador.

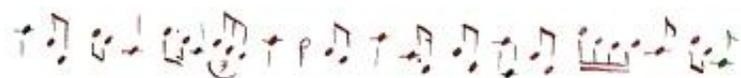
—No, Papius no era un niño libre, era un salvaje cavernícola. Un día no aguanté más y empecé a pensar un plan para deshacerme de aquel hermano pequeño insoportable. Sí, claro, reconozco que era una idea monstruosa, pero tiene que pensar que yo por entonces era un chico joven y desesperado. Había una cosa que jugaba a mi favor: en casa nadie nos vigilaba. Mi padre se pasaba la vida en la



farmacia preparando fórmulas magistrales, y mi madre, pobre mujer, hacía lo que podía, pero con tantos hijos no daba abasto. Y aún había un elemento más que facilitaba mis planes. En la casa de al lado vivía un tal Héctor Butcher, un famoso explorador y cazador que había vivido muchos años en África. En el jardín de nuestro vecino había un estanque muy grande, y en él, Butcher tenía dos o tres cocodrilos que se había traído de África.

Al oír aquello, Andoquí Malafuente dio un salto en el contenedor amarillo.

—¡Pero lo que me está diciendo es escalofriante! —gritó exaltado—. ¡Usted quería tirar a su hermano pequeño, todavía una criaturita, al estanque para que los cocodrilos lo devorasen! ¡Usted, Piscop, es un infanticida!



Brutus Biscop tosió un par de veces, y después, se secó la frente con un pañuelo.

—Un momento, usted me está acusando sin saber el resto de la historia. Haga el favor de escuchar. Una noche cogí un jersey, unos pantalones y unos zapatos de Papius y me colé en el jardín de Butcher. Al llegar a la orilla del estanque lancé la ropa al agua y me quedé observando a ver qué pasaba. Tal como me había imaginado, los cocodrilos se acercaron a las prendas de vestir, las mordieron un poco, pero cuando se dieron cuenta de que no era comida, las ignoraron. El resultado fue perfecto para mis planes: la ropa hecha jirones y los zapatos rotos de Papius permanecieron medio flotando en aquel estanque de cocodrilos. A conti-



nuación, volví a casa. Del bien provisto botiquín que teníamos en casa cogí un somnífero y me dirigí a la habitación donde dormían mis hermanos pequeños. Papius estaba en una de las literas de abajo. Le metí el somnífero en la boca y le hice tragarse medio vaso de agua. A duras penas se despertó para beber. Después siguió dormido como un angelito. Lo puse en el cochecito, que en aquella época ya le empezaba a quedar un poco pequeño, y me lo llevé a la estación central de nuestra ciudad. En la estación había gente que me miraba de forma extraña. ¿Qué hacía un chico como yo empujando un cochecito con una criatura dentro a esas horas? Por suerte nadie me preguntó nada. Con cautela, me dirigí a los lavabos de la estación y una vez allí abandoné el coche-



cito y a Papius en una esquina, detrás de un váter.

Justo en aquel momento la cámara de televisión enfocó al presentador, Andoquí Malafuente.

—Y bien, queridos espectadores, estoy seguro de que todos vosotros os estáis preguntando qué pasó con el pequeño Papius —dijo Malafuente—. Nosotros también estamos inquietos por saber cómo acaba esta historia. ¿Es que el pobre Papius murió de hambre, abandonado en el váter de la estación? ¿O tal vez se subió a la taza del váter y cayó dentro? ¿Le salvaron? Y en la casa del farmacéutico, ¿qué pasó al día siguiente? Todas esas preguntas y muchas más tendrán respuesta tras la publicidad.

Y entonces se oyó la ridícula musiquilla de *Noche de famosos*.



—¡Ostras, anuncios! ¡Qué rollo! —dijo Ismael.

—¿Vosotros qué pensáis que pasó de verdad? —preguntó Riambau.

—Yo tengo mis sospechas, pero enseguida lo sabremos —dije yo.

18
La entrevista
(segunda parte)

Tras la publicidad volvió a aparecer la cara sonriente de Malafuente.

—¡Bienvenidos de nuevo! Os recuerdo que esta noche nuestro invitado especial es el señor Brutus Bislop y ahora mismo nos explicará cómo acabó la trágica historia de su hermano menor, el pobre niño abandonado en el váter de la estación.

De repente, sonó el teléfono móvil que se encontraba sobre la mesa del estudio.



El presentador lo cogió y habló un momento en voz baja.

—¡Ah, ah, ah, ésta sí que es buena! —dijo—. Mis compañeros de programa me comunican que hay espectadores que han llamado al estudio asegurando que ya saben el desenlace de la historia. Aquí, en *Noche de famosos*, preferimos escuchar la versión de nuestro amigo Brutus Biscop. Adelante entonces...

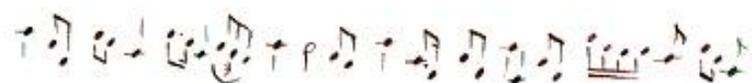
—Brutus Biscop, el apellido es Biscop, si no le importa —dijo el padrino de Zwen-ti—. Bien, al día siguiente de mi fechoría hubo un auténtico drama en mi casa. Todos estaban convencidos de que los codrilos del explorador Butcher se habían zampado a Papius. Mi madre, pobre mujer, hecha un mar de lágrimas identificó la ropa y los zapatos de su hijo pequeño.



Mi padre preparó una fórmula magistral para calmarla, un preparado que va muy bien y que, por cierto, hoy en día seguimos vendiendo en las farmacias Biscop. Se llama «Lagrimón» y es perfecto para casos de tristeza profunda...

—Un momento, señor Cop —le cortó el presentador—. Éste no es el momento más indicado para hacer su propio anuncio de publicidad. Continúe con la narración, si es tan amable.

—Tiene usted razón —dijo Brutus Biscop—. En casa, el único que estaba feliz por la desaparición de Papius era yo. Nadie me molestaba ni me tocaba los papeles importantes de mis estudios de farmacia. Pero un día, empecé a tener remordimientos. Notaba como un gusanillo dentro que me decía que lo que había



hecho con mi hermano pequeño no estaba nada bien. Pero cuando intenté poner remedio a todo aquello, ya era demasiado tarde. En la estación central nadie sabía nada de una criatura abandonada. Las mujeres de la limpieza no habían encontrado ningún niño ahogado en los váteres. Papius había desaparecido del mundo. Y yo, muerto de remordimientos, no me atrevía a explicárselo a nadie. Tenía demasiado miedo a las consecuencias.

—Y en estos momentos nuestros espectadores deben de estar preguntándose: ¿por qué nos explican esta historia tan triste en el programa *Noche de famosos*? ¿Verdad que sí? —dijo el presentador Malafuente—. Pues ahora lo van a saber. Amigo Bispot, díganos lo que ocurrió ha-



ce una semana. Explíquese lo a nuestra audiencia.

—Bueno, hace una semana mi mujer estaba hojeando una revistilla de ésas que a veces compra y que se llama *Super People*. Es una publicación que habla de los famosos y de cosas así. Fue ella la que me enseñó las fotos de un cantante que iba completamente rapado y que por lo que parece está muy de moda. Yo nunca había oído hablar de él. Es un tal Álex Destrozaguitarras.

—No es UN cantante de moda, Bispot, es EL cantante de moda —aclaró el presentador.

—Estuve mirando las fotos un buen rato y de golpe y porrazo me quedé estupefacto. En la foto tomada por detrás se podía apreciar que el cantante tenía un



tatuaje en la cabeza, y ese tatuaje representaba un termómetro. De repente me entraron unas ganas locas de llorar. Aquella era la prueba irrefutable de que aquel cantante era, ni más ni menos, que mi hermano pequeño: Papius Biscop.

—¿Pero qué me está diciendo? ¿Y usted cómo lo adivinó? —preguntó Malafuente con un tono de sorpresa dramática.

—Porque mi padre tenía la manía de tatuar a todos sus hijos y lo hacía con el tatuaje de un termómetro. Decía que así todo el mundo sabría que aquellos niños eran descendientes del gran farmacéutico: Menulf Biscop.

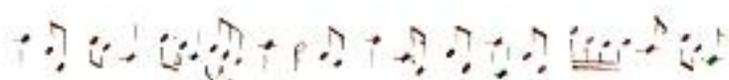
—¡Lo que nos está diciendo es extraordinario! —dijo el presentador—. Porque esto quiere decir que usted es her-



mano de Álex Destrozaguitarras. Lo que le queremos pedir, si no le importa, es si tiene forma de probar esta afirmación.

Entonces pasó algo inaudito en la tele. Brutus se subió a lo alto del contenedor verde, se bajó los pantalones y, retirándose un poco los calzoncillos, se señaló la nalga izquierda. La cámara se acercó un poco más y en la pantalla apareció, bien grande y bien visible, el tatuaje de un termómetro sobre el trasero rosáceo de Brutus Biscop. El público del estudio y el propio presentador, Andoquí Malafuente, aplaudieron con entusiasmo mientras Brutus se abrochaba los pantalones y se volvía a sentar en el contenedor verde.

—¿Os habéis fijado que el tatuaje es idéntico al que tenía el padre de Zwenti en la pierna? —dije yo.



—Y también es igual al de la foto de Álex Destrozaguitarras —dijo Ismael.

—Entonces esto quiere decir..., quiere decir que Zwenti es sobrino de Destrozaguitarras... ¡Ay, que me desmayo! —gritó Riambau mientras hacía ver que se caía al suelo.

¿Sabéis cómo acabó el programa? Después de lo del tatuaje, apareció Álex Destrozaguitarras en el estudio. Aquél fue el golpe de efecto del presentador, porque él estaba al corriente de todo.

Durante la entrevista con Brutus Biscop, Andoquí Malafuente había estado haciendo teatro: ellos habían hablado de todo antes. Es decir, que el presentador ya sabía cómo acababa la historia.

Pero el momento más emocionante del programa fue cuando los dos hermanos



Biscop, Brutus y Papius (es decir, Destrozaguitarras), se abrazaron. Entonces, el hermano pequeño le dijo al hermano mayor:

—Escúchame bien, después de tantos años sólo puedo decirte una cosa: Brutus, te perdono.

Nada más oír sus palabras, parecía como si el estudio fuese a reventar de tantos aplausos.

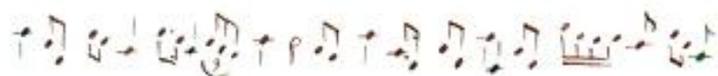
Y yo, aunque me dé vergüenza, tengo que confesaros una cosa: aquel día se me escapó más de una lágrima.

19

La banda Biscop

¿Y qué pasó tras aquel descubrimiento? En la escuela todos querían hacerse amigos de Zwenti sólo por el hecho de ser el sobrino de Álex Destrozaguitarras. Pero Zwenti seguía siendo el mismo de siempre: un poco tímido y reservado. Con nosotros sí que se hizo más amigo, hasta el punto de que había gente que empezó a llamarnos «los cuatro bemoles».

La otra novedad hacía referencia a Álex Destrozaguitarras y su banda de música.



Enseguida corrió la noticia de que nuestro cantante favorito había cambiado de músicos. Y estoy convencido de que nadie se imagina quiénes fueron los nuevos colaboradores de Destrozaguitarras. Pues nada más y nada menos que los hermanos Biscop.

Nosotros no acabábamos de entenderlo. Claro que a Destrozaguitarras le gustaban los cambios, él era un hombre inquieto que siempre buscaba la novedad. No obstante, a nosotros nos parecía que los farmacéuticos no tendrían ninguna gracia a la hora de actuar de músicos.

—A ti qué te parece, Zwenti, ¿ya sabrán actuar de músicos tus tíos y tu padre? —le preguntó un día Ismael, en la hora del recreo.

De entrada Zwenti se encogió de hom-



bros, y después dijo, en voz muy baja:

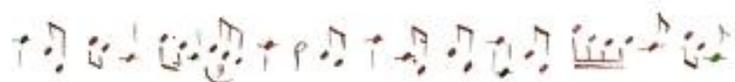
—No lo sé, ellos dicen que de pequeños habían formado una especie de coro infantil con la ayuda de mi abuelo, Menulf Biscop.

—Perdona, Zwenti, no te lo tomes a mal —le dije—. Pero lo que no entiendo es por qué Álex Destrozaguitarras no ha escogido nuevos músicos profesionales.

Zwenti se quedó mirándome, con aquella cara que siempre ponía en momentos así, con una arruga marcada en la frente, y me respondió en una voz tan baja que casi era un susurro:

—Es que además hay algo más..., pero no os lo puedo decir.

—¿Por qué no? ¡Va, Zwenti, no empieces con tus misterios! —protestó Riambau.



—Sólo puedo deciros que es una especie de pacto entre Destrozaguitarras y sus hermanos. Es como un favor que ellos le hacen... Pero no me estiréis más de la lengua que si no mi padre se enfadará mucho.

Al oírle, nosotros nos indignamos y le preguntamos si su padre no cumplía la promesa que nos había hecho de respetarle.

—Sí, claro que me respeta, y os aseguro que esta vez me ha pedido que no diga nada, pero me lo ha pedido muy bien —dijo Zwentí—. Os prometo que cuando pueda os lo contaré, ¿de acuerdo?

Y nosotros, los tres bemoles, aceptamos el trato porque ya sabíamos que Zwentí era buen chaval y, además, ahora era nuestro amigo.



Las semanas fueron pasando y de golpe nos dimos cuenta de que nos acercábamos al final de curso. Ya hacía tiempo que a todos nos había vuelto a crecer el pelo. El único que continuaba cortándose al cero era Sergio.

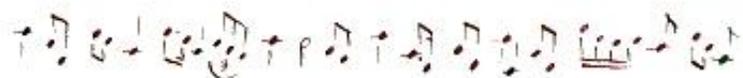
—A mí me gusta lucir la calva, como Destrozaguitarras —decía.

—Sergio, ¿pero en qué mundo vives? ¡No sabes que ya hace tiempo que Destrozaguitarras no va rapado! —le decía Lucía Mayol con ganas de buscar guerra.

Pero Sergio decía que le daba igual porque él siempre iba a la suya.

Y entonces la directora nos dio la gran noticia:

—Este año, para la fiesta de fin de curso, tendremos una actuación muy espe



cial. Una función que no habría sido posible sin la ayuda, suponemos que desinteresada, del padre de un niño de la escuela. La ayuda del señor Solocón Biscop, padre de Zwentibold.

Aquello provocó un griterío general.

—¡Zwen-ti, Zwen-ti, Zwen-ti, Zwen-ti!

—Y si he nombrado a la familia Biscop, ya os podéis imaginar cuál será la sorpresa. Tendremos el placer de tener entre nosotros al ¡gran Álex Destrozaguitarras y la banda Biscop!

—¡Yupi!

—¡Viva!

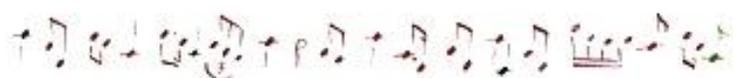
—¡Qué pasada!

Aquella fue la mejor fiesta de fin de curso de mis años de colegio. Recuerdo el comedor de la escuela, transformado en sala de conciertos, y las familias apelo-



nadas por todas partes. En aquella ocasión nadie quiso perderse el espectáculo. Cuando aparecieron los ocho hermanos Biscop sobre el escenario, la sala estaba hasta los topes. Álex Destrozaguitarras llevaba una bata roja que contrastaba con las siete batas blancas de sus hermanos farmacéuticos. Brutus Biscop tenía una cara de felicidad absoluta. Me imagino que se había quitado un gran peso de encima ahora que había hecho las paces con su hermano pequeño. En cambio, el que tenía una actitud algo nerviosa e incómoda era Solocón Biscop. Zwenti me confesó que, de los siete hermanos, su padre era el único que detestaba cantar en público.

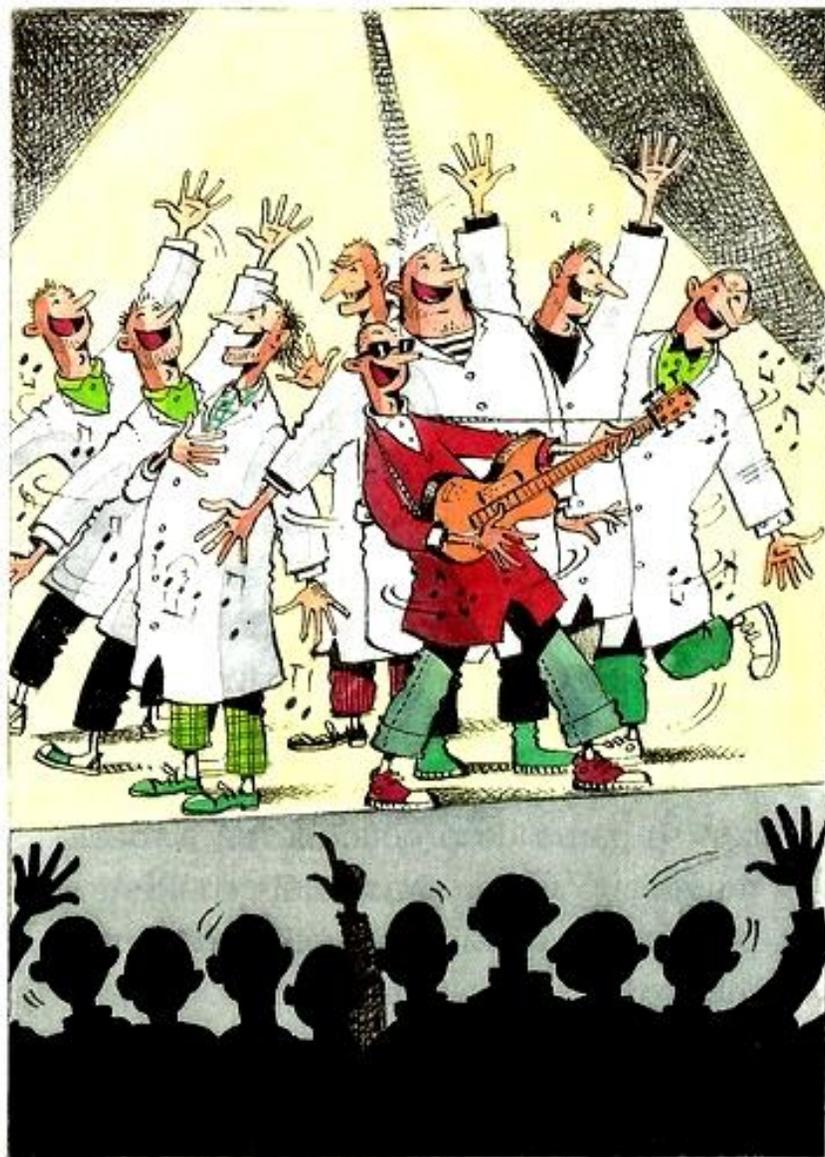
Aquella noche presentaron las canciones del nuevo disco titulado *Tonadas enfermas de farmacia*. La canción que más



me gustó fue la que decía «Si tienes dolor de cabeza, tomate una aspirina». Ismael, en cambio, prefería la de *Efectos secundarios*.

Al día siguiente aparecieron muchas fotos y artículos en los periódicos que hablaban de nuestra fiesta de fin de curso. Y en la revista *Super People* hasta le hicieron una entrevista a Zwenti, por ser el sobrino de Destrozaguitarras.

Dos semanas más tarde, cuando ya empezaba a notarse el calorcillo del verano, apareció una nueva campaña de los farmacéuticos Biscop. Pero esta vez era una campaña lícita. Todas las farmacias Biscop estaban llenas de productos Álex Destrozaguitarras. Eran productos AD, y en todos había una foto del cantante. Por ejemplo, en la pasta de dientes AD había





un texto escrito que decía: «Después de los conciertos siempre me lavo los dientes con dentífrico AD y mirad qué blancos los tengo». Y debajo estaba la firma de Álex Destrozaguitarras. Había aspirinas AD, crema solar AD, algodón AD, tiritas AD, y hasta había champú antipiojos AD (que tenía la ventaja de no alisar el pelo ni rizarlo).

Ya podéis imaginaros que fue el negocio del siglo. Unas pocas semanas después los farmacéuticos Biscop exportaban su gama de productos AD a medio mundo. ¿Y a ver si adivináis cuál era el producto que tenía más éxito? El termómetro digital AD, naturalmente.

Hacia el final del verano ya teníamos ganas de volver a la escuela y a veces nos reuníamos en la barbería Mario y nos ex-



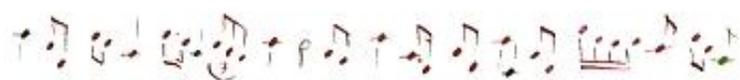
plicábamos cómo nos habían ido las vacaciones. En una de aquellas tardes, apareció Zwenti. Con su típica sonrisa un poco nerviosa nos anunció que él y sus padres habían realizado un crucero.

—¡Ostras, un crucero! ¡Qué suerte! —exclamó Ismael, a quien siempre le gustaban esas cosas del lujo.

—¿Y dónde habéis ido? ¿A los países escandinavos? ¿Al Nilo? —quería saber Riambau.

Entonces, Zwenti se puso rojo y se encogió de hombros.

—Bueno, no tan lejos... Es que era un crucero muy especial. Se llamaba así pero sólo iba del rompeolas al puerto. Papá compró un pase que valía para todo el verano y podíamos ir todas las veces que queríamos. Mamá preparaba unos boca-



dillos, una botella de agua fría de la nevera, y nos los comíamos durante la travesía.

—¡Ostras, el puerto! ¡Qué rollo! —dijo Ismael, que no tenía mucho tacto con los amigos.

Yo, que ya llevaba semanas y semanas muerto de la curiosidad, me acerqué a Zwenti y le dije:

—Escucha, ahora que ya ha pasado tanto tiempo, ¿no nos podrías decir en qué consistía el pacto que hicieron Álex Destrozaguitarras y los hermanos Biscop?

Zwenti puso aquella cara de preocupación tan suya y tardó bastante en responder.

—Está bien —dijo al final—. Pero tenéis que prometerme que no se lo diréis a nadie.



Nosotros se lo prometimos.

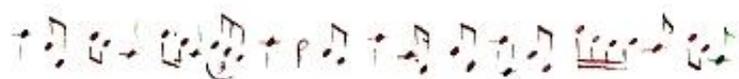
—Pues, mirad. Destrozaguitarras se ofreció a dar el nombre a los productos AD y a hacer toda la publicidad que fuese necesaria, si a cambio los farmacéuticos Biscop, es decir, sus hermanos, le cedían una parte de los beneficios.

—¡Eso está muy bien! —dijo Ismael.

—Destrozaguitarras debe de ser riquísimo. Imaginaos, con lo que gana con la música y ahora, además, todo esto de los productos AD.

Yo estaba observando a Zwenti y no entendía por qué él seguía con esa expresión de preocupación en la cara.

—Escucha, Zwenti —le dije—. Si no es pedir demasiado, ¿no nos podrías decir qué parte de los beneficios le dan los Biscop a Destrozaguitarras?



—Bueno, ¿pero estáis seguros de que es necesario que os lo diga? —dijo él.

—Sí, ¿cuánto es exactamente? —insistió Riambau.

—Acordaron que le darían un dos por ciento.

—¡Ostras, qué ratas! —saltó Ismael.

—¡Pero si eso es una miseria! —dijo Riambau.

—Estoy seguro de que la idea de darle una parte tan pequeña ha sido de Brutus —dije yo—. ¡Está claro, como es el hermano mayor siempre le gusta ir de perdonavidas!

Zwenti se puso rojo de nuevo y se quedó algo mustio después de oír mi comentario.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Nada..., pero la verdad es que no



fue idea del padrino Brutus, sino que fue mi padre quien lo propuso.

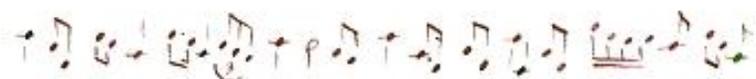
—¡Ostras, qué tacaño tu padre! —dijo Ismael.

Yo quise arreglar las cosas y les propuse que saliésemos a la calle a jugar a las chapas.

—Vale, sí, pero jugamos con las Megachapas, ¿eh? —dijo Riambau.

—¡Ostras, claro, porque las chapas Biscop son una caca! —dijo Ismael.

Así eran los hermanos Biscop. Y Zwenti tenía que aceptarlo. Al fin y al cabo, la familia es la familia.



Ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero aún hoy conservo una caja de madera donde guardo aquellos tesoros: tres chapas Biscop, cinco Megachapas, un CD algo rayado de Álex Destrozaguitarras y la banda Biscop, una botella vacía del champú Piojosmortem y una cajetilla de aspirinas AD (caducadas, claro está).

Sobre la tapa de la caja hay una etiqueta escrita a mano y medio desenganchada que dice:

El año de los piojos

Autor:

David Nel·lo nació en Barcelona en 1959. Es escritor y músico. Hasta el momento ha publicado más de veinte libros para el público infantil y juvenil, muchos de ellos galardonados con importantes premios. Aunque se dedica a la literatura por vocación, no olvida cultivar su otra gran pasión: los viajes y la bicicleta.

Ilustradora:

Cristina Losantos Sistach nació en Barcelona el 19 de agosto de 1960. Es licenciada en Bellas Artes por la Universitat de Barcelona. Trabajó de profesora de dibujo entre los años 1980 y 1984. Desde el año 1984 se dedica profesionalmente a la ilustración.